

E. M. Cioran

# EL ACIAGO DEMIURGO



Ediciones Perdidas

# EL ACIAGO DEMIURGO



E. M. CIORAN

**EL ACIAGO DEMIURGO**  
(*Le mauvais demiurge*, 1969)



Ediciones Perdidas

Ediciones Perdidas 2011  
Camino de los Espejos 51  
04131 Retamar - Almería  
[www.librosdearena.es](http://www.librosdearena.es)

## El aciago demiurgo

Con excepción de algunos casos aberrantes, el hombre no se inclina hacia el bien: ¿qué dios le impulsaría a ello? Debe vencerse, hacerse violencia, para poder ejecutar el menor acto no manchado de mal. Cada vez que lo logra, provoca y humilla a su creador. Y si le acaece el ser bueno no por esfuerzo o cálculo, sino por naturaleza, lo debe a una inadvertencia de lo alto: se sitúa fuera del orden universal, no está previsto en ningún plan divino. No hay modo de ver qué lugar ocupa entre los seres, ni siquiera si es uno de ellos. ¿Será acaso un fantasma?

El bien es lo que fue o será, pero lo que nunca es. Parásito del recuerdo o del presentimiento, periclitado o posible, no podría ser actual ni subsistir por sí mismo: en tanto que es, la conciencia le ignora y no lo capta más que cuando desaparece. Todo prueba su insustancialidad; es una gran fuerza irreal, es el principio que ha abortado desde un comienzo: desfallecimiento, quiebra inmemorial, cuyos efectos se acusan a medida que la historia transcurre. En los comienzos, en esa promiscuidad en que se opera el deslizamiento hacia la vida, algo innombrable debió pasar, que se prolonga en nuestros malestares, si no en nuestros razonamientos. Que la existencia haya sido viciada en su origen, ella y los elementos mismos, es algo que no se puede impedir uno suponer. Quien no haya sido llevado a afrontar esta hipótesis al menos una vez por día habrá vivido como un sonámbulo.

Es difícil, es imposible creer que el dios bueno, el «Padre», se haya involucrado en el escándalo de la creación. Todo hace pensar que no ha tomado en ella parte alguna, que es obra de un dios sin

escrúpulos, de un dios tarado. La bondad no crea: le falta imaginación; pero hay que tenerla para fabricar un mundo, por chapucero que sea. Es, en último extremo, de la mezcla de bondad y maldad de la que puede surgir un acto o una obra. O un universo. Partiendo del nuestro, es en cualquier caso mucho más fácil remontarse a un dios sospechoso que a un dios honorable.

El dios bueno, decididamente, no ha sido dotado para crear: lo posee todo, salvo la omnipotencia. Grande por sus deficiencias (anemia y bondad van parejas), es el prototipo de la ineficacia: no puede ayudar a nadie... No nos agarramos a él mas que cuando nos despojamos de nuestra dimensión histórica; en cuanto nos reintegramos a ella, nos es extraño, nos es incomprendible: no tiene nada de lo que nos fascina, no tiene nada de monstruo. Y es entonces cuando nos volvemos hacia el creador, dios inferior y atareado, instigador de los acontecimientos. Para comprender cómo ha podido crear, hay que figurárselo presa del mal, que es innovación, y del bien, que es inercia. Esta lucha fue, sin duda, nefasta para el mal, pues debió sufrir la contaminación del bien: lo cual explica por qué la creación no puede ser enteramente mala.

Como el mal preside todo lo que es corruptible, que es tanto como decir todo lo que está vivo, es una tentativa ridícula intentar demostrar que encierra menos ser que el bien, o incluso que no contiene ninguno. Los que lo asimilan a la nada se imaginan salvar así al pobre dios bueno: No se le salva más que si se tiene el valor de separar su causa de la del demiurgo. Por haberse rehusado a ello, el cristianismo debía, durante toda su carrera, esforzarse en imponer la inevidencia de un creador misericordioso: empresa desesperada que ha agotado al cristianismo y comprometido al dios que quería preservar.

No podemos impedirnos pensar que la creación, que se ha quedado en estado de bosquejo, no podía ser acabada ni merecía serlo, y que es en su conjunto una falta, y la famosa fechoría, cometida por el hombre, aparece así como una versión menor de una fechoría

mucho más grave. ¿De qué somos culpables, sino de haber seguido, más o menos servilmente, el ejemplo del creador? La fatalidad que fue suya, la reconocemos sin duda en nosotros: por algo hemos salido de las manos de un dios desdichado y malo, de un dios maldito.

Predestinados los unos a creer en un dios supremo, pero impotente; los otros, en un demiurgo; los otros, finalmente, en el demonio, no elegimos nuestras veneraciones ni nuestras blasfemias.

El demonio es el representante, el delegado del demiurgo, cuyos asuntos administra aquí abajo. Pese al prestigio y al terror unidos a su nombre, no es más que un administrador, un ángel degradado a una tarea baja, a la historia.

Muy otro es el alcance del demiurgo: ¿cómo afrontaríamos nuestras pruebas si él estuviese ausente? Si estuviésemos a su altura o fuésemos sencillamente un poco dignos de ellas, podríamos abstenernos de invocarle. Ante nuestras insuficiencias patentes, nos aferramos a él, incluso le imploramos que exista: si se revelase como una ficción, ¿cuál no sería nuestra desdicha o nuestra vergüenza! ¿Sobre qué otro descargarlos de nuestras lagunas, nuestras miserias, de nosotros mismos? Erigido por decreto nuestro en autor de nuestras carencias, nos sirve de excusa para todo lo que no hemos podido ser. Cuando además le endosamos la responsabilidad de este universo fallido, saboreamos una cierta paz: no más incertidumbre sobre nuestros orígenes ni sobre nuestras perspectivas, sino la plena seguridad en lo insoluble, fuera de la pesadilla de la promesa. Su mérito es, en verdad, inapreciable: nos dispensa incluso de nuestros remordimientos, puesto que ha tomado sobre él hasta la iniciativa de nuestros fracasos.

Es más importante encontrar en la divinidad nuestros vicios que nuestras virtudes. Nos resignamos a nuestras cualidades, en tanto que nuestros defectos nos persiguen, nos trabajan. Poder proyectarlos en un dios susceptible de caer tan bajo como nosotros y que no esté confinado en la sosería de los atributos comúnmente



admitidos, nos alivia y nos tranquiliza. El dios malo es el dios más útil que jamás hubo. Si no lo tuviésemos a mano, ¿a dónde se encaminaría nuestra bilis? Toda forma de odio se dirige en última instancia contra él. Como todos creemos que nuestros méritos son desconocidos o pisoteados, ¿cómo admitir que una iniquidad tan general sea obra del hombre tan sólo? Debe remontarse más arriba y confundirse con algún tejemaneje antiguo, con el acto mismo de la creación. Sabemos, pues, con quién tenémoslas, a quién vilipendiar: nada nos halaga y nos sostiene tanto como poder situar la fuente de nuestra indignidad lo más lejos posible de nosotros.

En cuanto a dios propiamente dicho, bueno y débil, nos concertamos con él cada vez que no hay en nosotros ni rastro de ningún mundo, en esos momentos que le postulan, que, fijos en él de golpe, le suscitan, le crean, y durante los cuales remonta de nuestras profundidades para la mayor humillación de nuestros sarcasmos. Dios es el luto de la ironía. Basta, empero, que ésta se refuerce, que se imponga de nuevo, para que nuestras relaciones con él se agrien y se interrumpan. Nos sentimos entonces hartos de interrogarnos a su respecto, queremos expulsarle de nuestras preocupaciones y de nuestros furoros, incluso de nuestro desprecio. Tantos le han infligido golpes antes de nosotros, que nos parece ocioso venir ahora a encarnizarnos en un cadáver. Y, sin embargo, cuenta todavía para nosotros, aunque no sea más que por el pesar de no haberle abatido nosotros mismos.

Para evitar las dificultades propias del dualismo, se podría concebir un mismo dios cuya historia transcurriría en dos fases: en la primera, sabio, exangüe, replegado sobre sí mismo, sin ninguna veleidad de manifestarse: un dios dormido, extenuado por su eternidad; en la segunda, emprendedor, frenético, cometiendo error tras error, se entregaría a una actividad condenable en sumo grado. Esta hipótesis aparece a la reflexión como menos neta y menos ventajosa que la de los dos dioses rotundamente distintos. Pero si se encuentra que ni una ni otra dan cuenta de lo que vale este mundo,

siempre se tendrá el recurso de pensar, con algunos gnósticos, que ha sido echado a suertes entre los ángeles.

(Es lamentable, es degradante asimilar la divinidad a una persona. Nunca será una idea ni un principio anónimo para quien haya practicado los Testamentos. Veinte siglos de altercados no se olvidan de un día para otro. Se inspire en Job o en San Pablo, nuestra vida religiosa es querella, desmesura, desabrimiento. Los ateos, que manejan tan gustosamente la invectiva, prueban a las claras que apuntan a alguien. Deberían estar menos orgullosos; su emancipación no es tan completa como suponen: se hacen de Dios exactamente la misma idea que los creyentes.)

El creador es el absoluto del hombre exterior; el hombre interior, en revancha, considera la creación como un detalle molesto, como un episodio inútil, entiéndase nefasto. Toda experiencia religiosa profunda comienza donde acaba el reino del demiurgo. No tiene nada que hacer con él, lo denuncia, es su negación. En tanto que él nos obsesiona, él y el mundo, no hay medio de escapar de uno y de otro, para, en un ímpetu de aniquilamiento, alcanzar lo no creado y disolvernos en ello.

A favor del éxtasis –cuyo objeto es un dios sin atributos, una esencia de dios– se eleva uno hacia una forma de apatía más pura que la del mismo dios supremo, y si uno se sumerge en lo divino, no por eso se deja de estar más allá de toda forma de divinidad. Esa es la etapa final, el punto de llegada de la mística, mientras que el punto de partida era la ruptura con el demiurgo, el rehúse a confraternizar todavía con él y a aplaudir su obra. Nadie se arrodilla ante él; nadie le venera. Las únicas palabras que se le dirigen son súplicas invertidas; el único modo de comunicación entre una criatura y un creador igualmente caídos.

Al infligir al dios oficial las funciones de padre, de creador y de gerente, se le expuso a ataques de resultas de los cuales debía su-

cumbir. ¡Cuál no hubiera sido su longevidad si se hubiese escuchado a un Marción, que de todos los heresiarcas es el que se ha erguido con más vigor contra el escamoteo del mal y que ha contribuido en el mayor grado a la gloria del dios malo por el odio que le ha profesado! No hay ejemplo de otra religión que, en sus comienzos, haya desperdiciado tantas ocasiones. Seríamos con toda seguridad muy diferentes si la era cristiana hubiera sido inaugurada por la execración del creador, pues el permiso de abrumarle no hubiese dejado de aliviar nuestra carga y de volver así menos opresores los dos últimos milenios. La Iglesia, al rehusar incriminarle y adoptar las doctrinas a las que no repugnaba hacerlo, iba a comprometerse en la astucia y la mentira. Por lo menos, tenemos el consuelo de constatar que lo más seductor que hay en su historia son sus enemigos íntimos, todos los que ella ha combatido y rechazado y quienes, para salvaguardar el honor de Dios, recusaron, a riesgo del martirio, su condición de creador. Fanáticos de la nada divina, de esa ausencia en que se complace la bondad suprema, conocen la dicha de odiar a tal dios y de amar a tal otro sin restricción, sin reservas mentales. Arrastrados por su fe, hubieran sido incapaces de descubrir la pizca de birlibirloque que entra hasta en el tormento más sincero. La noción de pretexto no había nacido todavía, ni tampoco esa tentación, completamente moderna, de ocultar nuestras agonías tras alguna acrobacia teológica. Una cierta ambigüedad existía empero en ellos: ¿qué eran esos gnósticos y esos maniqueos de toda laya sino perversos de la pureza, obsesos del horror? El mal les atraía, les llenaba casi: sin él, su existencia hubiera estado vacante. Le perseguían, no le dejaban ni un instante. Y si sostenían con tanta vehemencia que era increado, es porque deseaban en secreto que subsistiese por siempre jamás, para poder gozar y ejercer, durante toda la eternidad, de sus virtudes combativas. Habiendo, por amor al Padre, reflexionado demasiado en el adversario, debían acabar por comprender mejor la condenación que la salvación. Tal es la razón por la que habían captado tan bien la esencia de este mun-

do. La Iglesia, tras haberles vomitado, ¿será acaso tan hábil como para apropiarse de sus tesis, y tan caritativa como para prestigiar al creador, para excomulgarle finalmente? No podrá renacer más que desterrando las herejías, más que anulando sus antiguos anatemas para pronunciar otros nuevos.

Tímido, desprovisto de dinamismo, el bien es incapaz de comunicarse; el mal, atareado muy por el contrario, quiere transmitirse y lo logra, puesto que posee el doble privilegio de ser fascinante y contagioso. De este modo, se ve más fácilmente extenderse y salir de sí a un dios malo que a uno bueno.

Esta incapacidad de permanecer en sí mismo, de la que el creador debía hacer una demostración tan irritante, la hemos heredado todos: engendrar es continuar de otra forma y a otra escala la empresa que lleva su nombre, es añadir algo a su «creación» por un deplorable remedo. Sin el impulso que él ha dado, el deseo de alargar la cadena de los seres no existiría, ni tampoco esa necesidad de suscribirse a los tejemanejes de la carne. Todo alumbramiento es sospechoso; los ángeles, felizmente, son incapaces de ello, pues la propagación de la vida está reservada a los caídos. La lepra es impaciente y ávida, gusta de expandirse. Es importante desaconsejar la generación, pues el temor de ver a la humanidad extinguirse no tiene fundamento alguno: pase lo que pase, por todas partes habrá los suficientes necios que no pedirán más que perpetuarse y, si incluso ellos acabasen por zafarse, siempre se encontrará, para sacrificarse, alguna pareja espeluznante.

No es tanto el apetito de vivir lo que se trata de combatir como el gusto por la «descendencia». Los padres; los progenitores, son provocadores o locos. Que el último de los abortos tenga la facultad de dar la vida, de «echar al mundo»..., ¿existe algo más desmoralizador? ¿Cómo pensar sin espanto o repulsión en ese prodigio que hace del primer venido un medio-demiurgo? Lo que debería ser un don tan excepcional como el genio ha sido conferido indistinta-

mente a todos: liberalidad de mala ley que descalifica para siempre a la naturaleza.

La exhortación criminal del Génesis: Creced y multiplicaos, no ha podido salir de la boca del dios bueno. Sed escasos, hubiese debido sugerir más bien, si hubiese tenido voz en el capítulo. Nunca tampoco hubiese podido añadir las palabras funestas: Y llenad la tierra. Se debería, antes de nada, borrarlas para lavar a la Biblia de la vergüenza de haberlas recogido.

La carne se extiende más y más como una gangrena por la superficie del globo. No sabe imponerse límites, continúa haciendo estragos pese a sus reveses, toma sus derrotas por conquistas, nunca ha aprendido nada. Pertenece ante todo al reino del creador y es sin duda en ella donde éste ha proyectado sus instintos malhechores. Normalmente, debería aterrorizar menos a quienes la contemplan que a los mismos que la hacen durar y aseguran sus progresos. No es así, pues no saben de qué aberración son cómplices. Las mujeres encintas serán un día lapidadas, el instinto maternal proscrito, la esterilidad aclamada. Con razón en las sectas en que la fecundidad era mirada con recelo, entre los Bogomilos y los Cátaros, se condenaba el matrimonio, institución abominable que todas las sociedades protegen desde siempre, con gran desesperación de los que no ceden al vértigo común. Procrear es amar la plaga, es querer cultivarla y aumentarla. Tenían razón esos filósofos antiguos que asimilaban el Fuego al principio del universo y del deseo. Pues el deseo arde, devora, aniquila: juntamente agente y destructor de los seres, es sombrío e infernal por esencia.

Este mundo no fue creado alegremente. Sin embargo, se procrea con placer. Sí, sin duda, pero el placer no es la alegría, sólo es su simulacro: su función consiste en dar el cambiazo, en hacernos olvidar que la creación lleva, hasta en su menor detalle, la marca de esa tristeza inicial de la que ha surgido. Necesariamente engañoso, es él también quien nos permite ejecutar cierto esfuerzo que en teoría reprobamos. Sin su concurso, la continencia, ganando terreno,

seduciría incluso a las ratas. Pero es en la voluptuosidad cuando comprendemos hasta qué punto el placer es ilusorio. Por ella alcanza su cumbre, su máximo de intensidad, y es ahí, en el colmo de su éxito, cuando se abre súbitamente a su irrealidad, cuando se hunde en su propia nada. La voluptuosidad es el desastre del placer.

No se puede consentir que un dios, ni siquiera un hombre, proceda de una gimnástica coronada por un gruñido. Es extraño que, tras un período de tiempo tan largo, la «evolución» no haya logrado agenciarse otra fórmula. ¿Para qué iba a cansarse, por otro lado, cuando la ahora vigente funciona a pleno rendimiento y conviene a todo el mundo? Entendámonos: la vida misma no entra en disputa, es misteriosa y extenuante a placer; lo que no es el ejercicio en cuestión, de una inadmisibile facilidad, vistas sus consecuencias. Cuando se sabe lo que el destino dispensa a cada cual, se queda uno pasmado ante la desproporción entre un momento de olvido y la suma prodigiosa de desgracias que resulta de ello. Cuanto más se vuelve sobre este tema, más se convence uno de que los únicos que han entendido algo son los que han optado por la orgía o la ascética, los libertinos o los castrados.

Como procrear supone un desvarío sin nombre, cierto es que si nos volviésemos sensatos, es decir, indiferentes a la suerte de la especie, sólo guardaríamos algunas muestras, como se conservan especímenes de animales en vías de desaparición. Cerremos el camino a la carne, intentemos paralizar su espantoso crecimiento. Asistimos a una verdadera epidemia de vida, a una proliferación de rostros. ¿Dónde y cómo seguir todavía frente a frente con Dios?

Nadie es sujeto continuamente de la obsesión del horror; sucede que nos apartamos de él, que casi le olvidamos, sobre todo cuando contemplamos algún paisaje del que nuestros semejantes están ausentes. En cuanto aparecen, se instala de nuevo en el espíritu. Si uno se inclinase a absolver al creador, a considerar este mundo como aceptable e incluso satisfactorio, aún habría que hacer reservas sobre el hombre, ese punto negro de la creación.

Nos es fácil figurarnos que el demiurgo, convencido de la insuficiencia o de la nocividad de su obra, quiera un día hacerla perecer e incluso se las arregle para desaparecer con ella. Pero también se puede concebir que desde un comienzo sólo se atarea en destruirse y que el devenir se reduce al proceso de esa lenta autodestrucción. Proceso despacioso o jadeante, en las dos eventualidades se trataría de una vuelta sobre sí mismo, de un examen de conciencia, cuyo desenlace sería el rechazo de la creación por su autor.

Lo que hay en nosotros de más anclado y de menos perceptible es el sentimiento de una quiebra esencial, secreto de todos, dioses incluidos. Y lo que es notable es que la mayoría está lejos de adivinar que experimenta ese sentimiento: Estamos por lo demás, merced a un favor especial de la naturaleza, destinados a no darnos cuenta de ello: la fuerza de un ser reside en su incapacidad de saber hasta qué punto está solo. Bendita ignorancia, gracias a la cual puede agitarse y actuar. ¿Qué tiene por fin la revelación de su secreto? Su impulso se rompe de inmediato, irremediablemente. Es lo que le ha sucedido al creador o lo que le sucederá, quizás.

Haber vivido siempre con la nostalgia de coincidir con algo, sin, a decir verdad, saber con qué... Es fácil pasar de la incredulidad a la creencia o inversamente. Pero ¿a qué convertirse y de qué abjurar, en medio de una lucidez crónica? Desprovista de sustancia, no ofrece ningún contenido del que se pueda renegar; está vacía y no se reniega del vacío: la lucidez es el equivalente negativo del éxtasis.

Quien no coincide con nada, tampoco coincidirá consigo mismo; de aquí provienen esas llamadas sin fe, esas convicciones vacilantes, esas fiebres privadas de fervor, ese desdoblamiento del que son víctimas nuestras ideas y hasta nuestros reflejos. El equívoco, que regula todas nuestras relaciones con este mundo y con el otro, lo guardamos en primera instancia para nosotros mismos; después lo hemos expandido a nuestro alrededor, a fin de que nadie escape,

a fin de que ningún viviente sepa a qué atenerse. Ya no hay nada claro en ninguna parte: por nuestra culpa las mismas cosas se tambalean y se hunden en la perplejidad. Lo que nos haría falta es el don de imaginar la posibilidad de rezar, indispensable a cualquiera que aspira a su salvación. El infierno es la oración inconcebible.

La instauración de un equívoco universal es la proeza más calamitosa que hemos realizado y la que nos hace rivales del demiurgo.

No fuimos felices más que en las épocas en que, ávidos de ocultamiento, aceptábamos nuestra nada con entusiasmo. El sentimiento religioso no emana de la constatación, sino del deseo de nuestra insignificancia, de la necesidad de revolcarnos en ella. Esta necesidad, inherente a nuestra naturaleza, ¿cómo podrá satisfacerse ahora que ya no podemos vivir a remolque de los dioses? En otros tiempos eran ellos los que nos abandonaban; hoy somos nosotros los que los abandonamos. Hemos vivido a su lado demasiado tiempo como para que hallen gracia a nuestros ojos; siempre a nuestro alcance, les oíamos rebullir; nos acechaban, nos espiaban: no estábamos ya en nuestra casa... Ahora bien, como la experiencia nos lo enseña, no existe ser más odioso que el vecino. El hecho de saberle tan próximo en el espacio nos impide respirar y hace igualmente impracticables nuestros días y nuestras noches. En vano, hora tras hora, meditamos su ruina: ahí está, atrocemente presente. Todos nuestros pensamientos nos invitan a suprimirle; cuando por fin nos decidimos, un sobresalto de cobardía nos encoge, justo antes del acto. De este modo somos asesinos en potencia de quienes viven en nuestros parajes; y por no poder serlo de hecho, nos recomemos y nos agriamos, indecisos y fracasados de la sangre.

Si, con los dioses, todo pareció más sencillo, es porque, siendo su indiscreción inmemorial, había que acabar con ella, costase lo que costase: ¿acaso no eran demasiado molestos para que fuese posible guardarles aún miramientos? Así se explica que, al clamor general contra ellos, ninguno de nosotros podía dejar de mezclar su voccecita.



Cuando pensamos en esos compañeros o enemigos varias veces milenarios, en todos los patrones de las sectas, de las religiones y de las mitologías, el único del que nos repugna separarnos es de ese demiurgo, al que nos apegan los males mismos de los que nos importa que sea la causa. En él pensamos a propósito del menor acto de la vida y de la vida sin más. Cada vez que le consideramos, que escrutamos sus orígenes, nos maravilla y nos da miedo; es un milagro aterrador, que debe provenir de él, dios especial, completamente aparte. De nada sirve sostener que no existe, cuando nuestros estupores cotidianos están ahí para exigir su realidad y proclamarla. ¿Se les opondrá que ha existido quizá, pero que ha muerto como los otros? No se dejarán desanimar se atarearán en resucitarlo y durará tan largo tiempo como nuestro asombro y nuestro miedo, como esta curiosidad indignada ante todo lo que es, ante todo lo que vive. Dirán: «Triunfad sobre el miedo, para que sólo subsista vuestro asombro.» Pero para vencerle, para hacerle desaparecer, habría que atacarle en su principio y demoler sus fundamentos, volver a edificar ni más ni menos que el mundo en su totalidad, cambiar alegremente de demiurgo, entregarse, en suma, a otro creador.

### **Los nuevos dioses**

Quien se interesa por el desfile de las ideas y las creencias irreductibles debería detenerse en el espectáculo que ofrecen los primeros siglos de nuestra era: hallaría en ellos el modelo mismo de todas las formas de conflicto que se encuentran, en una forma atenuada, en cualquier momento de la historia. Se comprende: es la época en que más se ha odiado. El mérito corresponde a los cristianos, febriles, intratables, expertos de inmediato en el arte de detestar, mientras que los paganos no sabían manejar ya más que el desprecio. La agresividad es un rasgo común a hombres y a dioses nuevos.

Si un monstruo de amenidad, que ignorase la aspereza, quisiera empero aprenderla, o saber por lo menos lo que vale, lo más simple sería que leyese a algunos autores eclesiásticos, comenzando por Tertuliano, el más brillante de todos, y acabando, pongamos, por San Gregorio Nacianzeno, bilioso y, sin embargo, insípido, y cuyo discurso contra Juliano el Apóstata le da a uno ganas de convertirse de inmediato al paganismo. Ninguna cualidad se le reconoce allí al emperador; con una satisfacción no disimulada se refuta su muerte heroica en la guerra contra los persas, en la que habría sido muerto por «un bárbaro que cumplía el oficio de bufón y que seguía al ejército para hacer olvidar a los soldados las fatigas de la guerra con sus salidas y agudezas». Ninguna elegancia, ninguna preocupación por parecer digno de tal adversario. Lo que es imperdonable en el caso del santo es que había conocido a Juliano en Atenas, cuando, siendo jóvenes, frecuentaban las escuelas filosóficas.

Nada más odioso que el tono de los que defienden una causa, aparentemente comprometida, pero triunfante de hecho, que no pueden contener su alegría ante la idea de su triunfo ni impedirse convertir sus mismos espantos en otras tantas amenazas. Cuando Tertuliano, sardónico y tembloroso, describe el Juicio Final, el mayor de los espectáculos, como él lo llama, imagina la risa que le dará contemplar tantos monarcas y dioses «lanzando espantosos gemidos en lo más profundo del abismo...». Esta insistencia en recordar a los paganos que estaban perdidos, junto con sus ídolos, daba motivos para exasperarse a los espíritus más moderados. Serie de libelos camuflados de tratados, la apologética cristiana representa el sumum del género bilioso.

Sólo se puede respirar a la sombra de divinidades gastadas. Cuanto más se persuade uno de ello, más se repite uno con terror que si se hubiera vivido en el momento en que el cristianismo ascendía, quizá hubiese sufrido uno su fascinación. El comienzo de una religión (como los comienzos de cualquier cosa) es siempre sospechoso. Sólo ellos, empero, poseen alguna realidad, sólo ellos son

verdaderos; verdaderos y abominables. No se asiste impunemente a la instauración de un dios, sea cual sea y surja donde surja. Este inconveniente no es reciente: Prometeo lo señalaba ya, él, que era víctima de Zeus y de la nueva pandilla del Olimpo.

Mucho más que la perspectiva de la salvación, era el furor contra el mundo antiguo lo que arrastraba a los cristianos en un mismo ímpetu de destrucción. Como en su mayor parte venían de fuera, se explica su desenfreno contra Roma. Pero ¿en qué clase de frenesí podía participar el indígena, cuando se convertía? Peor provisto que los otros, no disponía más que de un solo recurso: odiarse a sí mismo. Sin esta desviación del odio, insólita en un comienzo, contagiosa después, el cristianismo se hubiera quedado en una simple secta, limitada a una clientela extranjera, la única capaz, a decir verdad, de cambiar los antiguos dioses por un cadáver clavado. Que el que quiera saber cómo habría reaccionado frente a la mudanza de Constantino, se ponga en el lugar de un defensor de la tradición, de un pagano orgulloso de serlo: ¿cómo consentir la cruz, cómo tolerar que en los estandartes romanos figure el símbolo de una muerte deshonrosa? Sin embargo, se resignaron y esta resignación, que pronto iba a hacerse general, nos es difícil imaginar el conjunto de derrotas interiores de las que es resultado. Si, en el orden moral, se la puede concebir como la culminación de una crisis y concederle de este modo el estatuto o la excusa de una conversión, aparece como una traición en cuanto no se la mira más que desde el ángulo político. Abandonar a los dioses que hicieron a Roma era abandonar a la misma Roma, para aliarse a esa «nueva raza de hombres nacidos ayer, sin patria ni tradiciones, conjurados contra todas las instituciones religiosas y civiles, perseguidos por la justicia, universalmente marcados por la infamia, pero gloriándose de la execración común». La diatriba de Celso es del 178. Con casi dos siglos de intervalo, Juliano debía escribir por su parte: «Si se ha visto bajo el reinado de Tiberio o de Claudio a un solo espíritu distinguido convertirse al cristianismo, consideradme como el mayor de los impostores.»

La «nueva raza de hombres» iba a tener que trajinar mucho antes de conquistar a los refinados. ¿Cómo fiarse de esos desconocidos, venidos de los bajos fondos, y todos cuyos gestos invitaban al desprecio? Precisamente eso: ¿por qué medio aceptar el dios de los que se desprecia y que para colmo era de fabricación reciente? Sólo la antigüedad garantizaba la validez de los dioses, se les toleraba a todos, a condición de que no fuesen de fecha reciente. Lo que se encontraba de particularmente fastidioso en este caso era la absoluta novedad del Hijo: un contemporáneo, un arribista... Era él, personaje repelente, que ningún sabio había previsto ni prefigurado, el que más «chocaba». Su aparición fue un escándalo al que se tardó cuatro siglos en habituarse. Como el Padre, un viejo conocido, estaba admitido, los cristianos, por razones tácticas, se replegaron sobre él y de él se reclamaron: ¿acaso los libros que le celebraban, y de los que los Evangelios perpetuaban el espíritu, no eran, según Tertuliano, anteriores en varios siglos a los templos, a los oráculos y a los dioses paganos? El apologista, ya lanzado, llega a sostener que Moisés precede en varios milenios a la ruina de Troya. Tales divagaciones estaban destinadas a combatir el efecto que podían suscitar observaciones como ésta de Celso: «Después de todo, los judíos, hace ya muchos siglos, se han constituido en un cuerpo de nación, han establecido leyes a su usanza, que guardan todavía hoy. La religión que observan, valga lo que valga y se diga lo que se quiera, es la religión de sus mayores. Permaneciendo fieles a ella, no hacen nada que no hagan también los otros hombres que guardan cada uno las costumbres de su país.»

Ceder al prejuicio de la antigüedad, era reconocer implícitamente como los únicos legítimos a los dioses indígenas. Los cristianos estaban gustosamente dispuestos por cálculo a inclinarse ante ese prejuicio como tal, pero no podían sin destruirse ir más lejos y adoptarlo íntegramente, con todas sus consecuencias. Para un Orígenes, los dioses étnicos eran ídolos, supervivencias del politeísmo; San Pablo los había rebajado ya al rango de demonios. El judaísmo

los tenía a todos por mentirosos, salvo uno, el suyo. «Su único error –dijo Juliano de los judíos– es que al buscar satisfacer a su dios, no sirven al mismo tiempo a los otros.» Sin embargo, les alaba por su repugnancia a seguir la moda en materia de religión. «Huyo de la innovación en todas las cosas y particularmente en lo tocante a los dioses», confesión que le ha desacreditado y de la que se valen para tildarle de «reaccionario». Pero ¿qué progreso, cabe preguntarse, representa el cristianismo respecto al paganismo? No hay «salto cualitativo» de un dios a otro, ni de una civilización a otra. Como tampoco de un lenguaje a otro lenguaje. ¿Quién osaría proclamar la superioridad de los escritores cristianos sobre los paganos? Incluso de los profetas, aunque de otro aliento y otro estilo que los Padres de la Iglesia, todo un San Jerónimo nos confía la aversión que sentía a leerlos, tras haber vuelto de nuevo a Cicerón o Plauto. El «progreso» en aquella época se encarnaba en aquellos padres ilegibles: ¿acaso apartarse de ellos era pasarse a la «reacción»? Juliano tenía toda la razón del mundo en preferir a Homero, Tucídides o Platón. El edicto por el que prohibía a los profesores cristianos explicar a los autores griegos ha sido vivamente criticado, no sólo por sus adversarios, sino también por sus admiradores de todas las épocas. Sin querer justificarle, no puede uno por menos de comprenderle. Tenía a fanáticos frente a él; para hacerse respetar le hacía falta de vez en cuando exagerar como ellos, propinarles alguna locura, sin la cual le habrían desdeñado y tomado por un aficionado. Exigió, pues a esos «enseñantes» imitar a los escritores que explicaban y compartir sus opiniones sobre los dioses. «Pero si creen que esos autores se han equivocado en el punto más importante, ¡que se vayan a las iglesias de los galileos a comentar a Mateo y Lucas!»

A ojos de los antiguos, cuantos más dioses se reconocen, mejor se sirve a la Divinidad, de la que no son más que aspectos, rostros. Querer limitar su número era una impiedad; suprimirlos todos en provecho de uno solo, un crimen. Es de ese crimen del que se hicieron culpables los cristianos. No cabía ya contra ellos la ironía:

el mal que propagaban había ganado demasiado terreno. De la imposibilidad de tratarlos con desenvoltura provenía toda la acritud de Juliano.

El politeísmo corresponde mejor a la diversidad de nuestras tendencias y de nuestros impulsos, a los que ofrece la posibilidad de ejercerse, de manifestarse, cada una de ellas libre para tender, según su naturaleza, hacia el dios que le conviene en ese momento. Pero ¿qué emprender con un solo dios?, ¿cómo afrontarle, cómo utilizarle? Estando él presente, se vive siempre bajo presión. El monoteísmo comprime nuestra sensibilidad: nos ahonda estrujándonos; sistema de represiones que nos confiere una dimensión interior en detrimento de la expansión de nuestras fuerzas, constituye una barrera, detiene nuestro desarrollo, nos estropea. Éramos con certeza más normales con varios dioses que lo somos con uno solo. Si la salud es un criterio, ¿qué retroceso supone el monoteísmo!

Bajo el régimen de varios dioses, el fervor se reparte; cuando se dirige a uno solo, se concentra y exaspera, y acaba por convertirse en agresividad, en fe. La energía no está ya dispersa, se dirige toda en una misma dirección. Lo que era notable en el paganismo es que no se hacía una distinción radical entre creer y no creer, entre tener o no tener fe. La fe, por otro lado, es una invención cristiana; supone un mismo desequilibrio en el hombre y en Dios, arrastrado por un diálogo tan dramático como delirante. De aquí el carácter demencial de la nueva religión. La antigua, mucho más humana, te dejaba la facultad de elegir el dios que quisieras; como no te imponía ninguno, era a ti a quien tocaba inclinarse por éste o por aquél. Cuanto más caprichoso se era, más necesidad se tenía de cambiar, de pasar de uno a otro, estando bien seguro de hallar el medio de amarlos a todos en el curso de una existencia. Eran por añadidura modestos, no exigían más que el respeto: se les saludaba, pero no se arrodillaba uno ante ellos. Convenían idealmente a aquel cuyas contradicciones no estaban resueltas ni podían estarlo,

al espíritu zarandeado e incapaz: ¡qué suerte tenía, en su zozobra itinerante, al poder probarlos todos y estar casi seguro de dar con ése precisamente que más necesitaba en lo inmediato! Tras el triunfo del cristianismo, la libertad de evolucionar entre ellos y elegir uno a su gusto, se hizo inconcebible. Su cohabitación, su admirable promiscuidad había acabado. Tal esteta, fatigado del paganismo, pero todavía no asqueado, ¿se hubiera adherido a la nueva religión si hubiera adivinado que iba a extenderse durante tantos siglos?, ¿hubiera trocado la fantasía propia del régimen de los ídolos intercambiables por un culto cuyo dios debía gozar de una longevidad tan aterradora?

Aparentemente, el hombre se ha proporcionado dioses por necesidad de estar protegido, resguardado; en realidad, por avidez de sufrir. Mientras creía que había multitud de ellos se concedió cierta libertad de juego, alguna escapatoria; limitándose después a uno solo, se infligió un suplemento de coerciones y torturas. No es más que un animal que se odia y se ama hasta el vicio, que podía ofrecerse el lujo de un avasallamiento tan pesado. ¡Qué crueldad con nosotros mismos ligarnos al Gran Espectro y unir nuestra suerte a la suya! El dios único torna irrespirable la vida.

El cristianismo se ha servido del rigor jurídico de los romanos y de la acrobacia filosófica de los griegos, no para liberar al espíritu, sino para encadenarlo. Al encadenarlo le ha obligado a ahondarse, a bajar a sí mismo. Los dogmas le aprisionan, le fijan límites exteriores que no debe rebasar a ningún precio; al mismo tiempo, le dejan libre para que recorra su universo privado, para explorar sus propios vértigos, y, a fin de escapar de la tiranía de las certezas doctrinales, para buscar el ser –o su equivalente negativo– en el punto extremo de toda sensación. Aventura del espíritu amarrado, el éxtasis es necesariamente más frecuente en una religión autoritaria que en una religión liberal; es porque, en tal caso, es un salto hacia la intimidad, un recurrir a las profundidades, la huida hacia uno mismo.

No habiendo tenido, durante tan largo tiempo, otro refugio que Dios, nos hemos sumergido tan hondo en él como en nosotros mismos (este buceo representa la única hazaña real que hemos llevado a cabo en los últimos dos mil años), hemos sondeado sus abismos y los nuestros, derruyendo sus secretos uno a uno, tras extenuar y comprometer sus substancias por la doble agresión del saber y de la oración. Los antiguos no fatigaban demasiado a sus dioses: tenían sobrada elegancia para azuzarles o convertirles en objetos de estudio. Como el paso funesto de la mitología a la teología no había sido dado todavía, ignoraban esa tensión perpetua, presente tanto en los acentos de los grandes sinónimos de lo impracticable, y sentimos que está físicamente cortado el contacto que nos une a él, el remedio no reside ni en la fe ni en la negación de la fe (expresiones una y otra de una misma mutilación), sino en el diletantismo pagano, o más exactamente en la idea que nos hacemos de él.

El más grave de los inconvenientes que encuentra el cristiano es no poder servir conscientemente más que a un solo dios, aunque tenga la opción, en la práctica, de enfeudarse a muchos (¡el culto de los santos!). Enfeudamiento saludable que ha permitido al politeísmo prolongarse pese a todo indirectamente. Sin lo cual, un cristianismo demasiado puro no habría dejado de instaurar una esquizofrenia universal. Cualquier dios, cuando responde a exigencias inmediatas, apremiantes, de nuestra parte, representa para nosotros un aumento de vitalidad, un «latigazo»; no sucede lo mismo si nos es impuesto o si no corresponde a ninguna necesidad. El fallo del paganismo fue haber aceptado y acumulado demasiados: murió de generosidad y exceso de comprensión, murió de falta de instinto.

Si para sobreponerse al yo, esa lepra, no apuesta uno más que a las apariencias, es imposible no deplorar el desvanecimiento de una religión sin dramas, sin crisis de conciencia, sin incitación al remordimiento, igualmente superficial en sus principios y en sus prácticas. En la antigüedad, lo profundo era la filosofía y no la



religión; en la edad moderna, sólo el cristianismo fue la causa de la «profundidad» y los desgarramientos de todas clases que le son inherentes.

Son las épocas sin una fe precisa (como la época helenista o la nuestra) las que se atarean en clasificar a los dioses, rehusándose a dividirlos en verdaderos y falsos. La idea de que puedan equivalerse todos es, por el contrario, inadmisibles en los momentos en que domina el fervor. No podría dirigirse la oración a un dios probablemente verdadero. No se rebaja a las sutilezas ni tolera la graduación dentro de lo supremo: incluso cuando duda, lo hace en nombre de la verdad. No se implora a un matiz. Todo esto sólo es exacto desde la calamidad monoteísta. Para la piedad pagana, las cosas funcionaban de otra manera. En el Octavius, de Minucio Félix, el autor, antes de defender la posición cristiana, hace decir a Cecilio, representante del paganismo: «Queremos adorar a los dioses nacionales: en Eleusis, a Ceros; en Frigia, a Cibeles; en Epidauro, a Esculapio; en Caldea, a Belos; en Siria, a Astarté; en Táuride, a Diana; a Mercurio entre los galos y en Roma a todos esos dioses reunidos.» Y añade, respecto al dios cristiano, el único que no es aceptado: «¿De dónde viene este dios único, solitario, abandonado, al que no conoce ninguna nación libre, ningún reino...?»

Según una vieja prescripción romana, nadie debía adorar particularmente a dioses nuevos o extranjeros, si no habían sido admitidos por el Estado, más precisamente por el Senado, el único habilitado para decidir cuáles merecían ser adoptados o rechazados. El dios cristiano, surgido en la periferia del Imperio, llegado a Roma por medios inconfesables iba a vengarse contundentemente de haber sido obligado a entrar en él fraudulentamente.

No se destruye una civilización más que cuando se destruyen sus dioses. Los cristianos, no atreviéndose a atacar al Imperio de frente, la tomaron con su religión. No se dejaron perseguir más que para poder fulminarla mejor, para satisfacer su irreprimible apetito de execrar. ¡Qué desdichados hubiesen sido si no se les hubiese juz-

gado dignos de ser promovidos al rango de víctimas. Todo en el paganismo, hasta la tolerancia, les exasperaba. Fuertes en sus certezas, no podían comprender que alguien se resignase, como los paganos, a lo probable, ni que se ejerciese un culto cuyos sacerdotes, simples magistrados degradados a las pantomimas del ritual, no impusiesen a nadie la carga de la sinceridad.

Cuando se repite uno que la vida no es soportable más que si se puede cambiar de dioses y que el monoteísmo contiene en germen todas las formas de tiranía, deja uno de apiadarse de la esclavitud antigua. Más valía ser esclavo y poder adorar la deidad que se quisiera, que ser «libre» y no tener ante sí más que una sola e idéntica variedad de lo divino. La libertad es el derecho a la diferencia; siendo pluralidad, postula la dispersión de lo absoluto, su solventación en un polvo de verdades, igualmente justificadas y provisionales. Hay en la democracia liberal un politeísmo subyacente (o inconsciente, si se prefiere); inversamente, todo régimen autoritario participa de un monoteísmo disfrazado. Curiosos efectos de la lógica monoteísta: un pagano, en cuanto se hacía cristiano, caía en la intolerancia. ¡Mejor hundirse con una masa de dioses acomodaticios que prosperar a la sombra de un déspota! En una época en que, a falta de conflictos religiosos, asistimos a los conflictos ideológicos, la cuestión que se nos plantea es la misma que obsesionó a la antigüedad feneciente: «¿Cómo renunciar a tantos dioses por uno solo?» –con el correctivo, empero, de que el sacrificio que se nos pide se plantea más bajo, al nivel de las opiniones y no ya de los dioses. En cuanto una divinidad o una doctrina pretenden la supremacía, la libertad está amenazada. Si se ve en la tolerancia el valor supremo, todo lo que atente contra ella debe ser considerado como un crimen, empezando por esas empresas de conversión en las que la Iglesia permanece inigualada. Y si ha exagerado la gravedad de las persecuciones de las que fue objeto y aumentado ridículamente el número de los mártires, es porque, como ha sido una fuerza opresiva durante tanto tiempo, tenía necesidad de cubrir sus fechorías

con nobles pretextos: dejar impunes las doctrinas perniciosas, ¿no era acaso una traición respecto a aquellos que se sacrificaron por ella? Así, pues, es por espíritu de fidelidad por lo que procedía a la aniquilación de los «desviados» y así pudo, tras haber sido perseguida durante cuatro siglos, ser perseguidora durante catorce. Tal es el secreto, el milagro de su perennidad. Nunca unos mártires fueron vengados con tanto sistema y encarnizamiento.

Como el advenimiento del cristianismo hubiese coincidido con el del Imperio, algunos Padres (Eusebio, entre otros) sostuvieron que esta coincidencia tenía un sentido profundo: un Dios, un Emperador. En realidad, fue la abolición de las barreras nacionales, la posibilidad de circular a través de un vasto Estado sin fronteras, lo que permitió al cristianismo infiltrarse y hacer estragos. Sin esta facilidad para extenderse, se hubiera quedado en ser una simple disidencia en el seno del judaísmo, en lugar de convertirse en una religión invasora y, lo que es más enojoso, en una religión de propaganda. Todo le vino bien para reclutar, para afirmarse y extenderse, hasta esos funerales diurnos, cuyo aparato era una verdadera ofensa tanto para los paganos como para los dioses olímpicos. Juliano observa que, según los legisladores de antaño, «en vista de que la vida y la muerte difieren en todo, los actos relativos a una y otra deben ser cumplidos separadamente». Los cristianos, en su proselitismo desenfrenado, no estaban dispuestos a hacer esta disyunción: conocían bien la utilidad del cadáver, el provecho que se podía sacar de él. El paganismo no ha escamoteado la muerte, pero se ha guardado mucho de exhibirla. Uno de sus principios fundamentales es que no se concilia con el pleno día, que es un insulto a la luz; dependía de la noche y de los dioses infernales. Los galileos lo han llenado todo de sepulcros, decía Juliano, que nunca llama a Jesús de otro modo que el «muerto». Para los paganos dignos de ese nombre, la nueva superstición no podía sino parecer una explotación y un lucimiento de lo macabro. Por esto, debían deplorar tanto más los progresos que hacía en todos los medios. Lo que Celso no pudo conocer,

pero que Juliano conocía perfectamente, fueron los vacilantes del cristianismo, los que, incapaces de suscribirlo enteramente, se esforzaban, empero, en seguirlo, temiendo que, si se apartaban de él, se les excluyese del «futuro». Sea por oportunismo, sea por miedo a la soledad, querían marchar al lado de los hombres «nacidos ayer», pero llamados a desempeñar pronto el papel de amos, de verdugos.

Por legítima que haya sido su pasión por los dioses difuntos, Juliano no tenía oportunidad alguna de resucitarlos. En lugar de ocuparse en ella inútilmente, habría hecho mejor en aliarse por rabia con los maniqueos y zarpar con ellos a la Iglesia. Así, sacrificando su ideal, hubiera al menos satisfecho su rencor. ¿Qué otra carta que la de la venganza le quedaba todavía por jugar? Una magnífica carrera de demoledor se abría ante él y quizá se hubiese adentrado en ella de no haber estado obnubilado por la nostalgia del Olimpo. No se libran batallas en nombre de una nostalgia. Murió joven, es cierto: apenas dos años de reinado; si hubiera tenido diez o veinte ante él, ¡qué gran servicio nos habría hecho! Sin duda no hubiese ahogado al cristianismo, pero le habría obligado a una mayor modestia. Seríamos menos vulnerables, pues no habríamos vivido como si fuésemos el centro del universo, como si todo, incluso Dios, girase en torno a nosotros. La Encarnación es el halago más peligroso del que hemos sido objeto. Nos ha dispensado un estatuto desmesurado, desproporcionado con lo que somos. Alzando la anécdota humana a la dignidad de drama cósmico, el cristianismo nos ha engañado sobre nuestra insignificancia, nos ha precipitado en la ilusión, en ese optimismo mórbido que, a despecho de la evidencia, confunde andadura con apoteosis. Más reflexiva, la antigüedad pagana ponía al hombre en su sitio. Cuando Tácito se pregunta si los acontecimientos son regidos por leyes eternas o si se desarrollan al azar, a decir verdad no responde, deja la cuestión indecisa, y esta indecisión expresa bien el sentido general de los antiguos. Más que nadie, el historiador, confrontado con esa mezcla de constantes y aberraciones de que se compone el proceso histórico, se ve necesari-

riamente llevado a oscilar entre el determinismo y la contingencia, las leyes y el capricho, la Física y la Fortuna. No hay desdicha que no podamos referir, según gustemos, sea a una distracción de la providencia, sea a la indiferencia del azar, sea finalmente a la inflexibilidad del destino. Esta trinidad, de un uso tan cómodo para cualquiera, sobre todo para un espíritu desengañado, es lo más consolador que nos propone la filosofía pagana. Los modernos sienten repugnancia en recurrir a ella, como les repugna no menos esa idea, específicamente antigua, según la cual los bienes y los males representan una suma invariable, que no puede sufrir modificación alguna. Con nuestra obsesión del progreso y de la regresión, admitimos implícitamente que el mal cambia, sea que disminuya o que aumente. La identidad del mundo consigo mismo, la idea de que está condenado a ser lo que es, que el futuro no añadirá nada esencial a los datos existentes, esta hermosa idea no tiene ya vigencia; es que precisamente el futuro, objeto de esperanza o de horror, es nuestro verdadero lugar; vivimos en él, lo es todo para nosotros. La obsesión por el acontecimiento, que es de esencia cristiana, reduciendo el tiempo al concepto de lo inminente y de lo posible, nos hace ineptos para concebir un instante inmutable, que repone en sí mismo, sustraído al azote de la sucesión. Incluso desprovista del menor contenido, la espera es un vacío que nos llena, una ansiedad que nos tranquiliza, mientras permanecemos incapaces de la visión extática. «No hay necesidad de que Dios corrija su obra» –esta opinión de Celso, que es la de toda una civilización, va contra nuestras inclinaciones, contra nuestros instintos, contra nuestro ser mismo. No podemos ratificarla más que en un momento insólito, en un acceso de sabiduría. Va incluso en contra de lo que piensa el creyente, pues lo que se reprocha a Dios en los medios religiosos más que en ningún otro sitio es su buena conciencia, su indiferencia a la calidad de su obra y su negativa a atenuar sus anomalías. Nos hace falta futuro a todo precio. La creencia en el Juicio Final ha creado las condiciones psicológicas de la creencia en el sentido de

la historia; aún mejor: toda la filosofía de la historia no es más que un subproducto de la idea del Juicio Final. En vano nos inclinamos hacia tal o cual teoría cíclica, no se trata por nuestra parte más que de una adhesión abstracta; nos comportamos de hecho como si la historia siguiese un desarrollo lineal, como si las diversas civilizaciones que en ella se suceden no fuesen más que etapas que recorre, para manifestarse y cumplirse, algún gran designio, cuyo nombre varía según nuestras creencias o nuestras ideologías.

¿Hay mejor prueba de la deficiencia de nuestra fe que el que no haya para nosotros ya dioses falsos? No hay modo de entender cómo, para un creyente, el dios al que reza y otro dios completamente diferente pueden ser igualmente legítimos. La fe es exclusión, desafío. Porque no puede ya detestar a las otras religiones, porque las comprende, es por lo que el cristianismo está acabado; la vitalidad de la que procede la intolerancia le falta cada vez más. Ahora bien, la intolerancia era su razón de ser. Para su desdicha, ha dejado de ser monstruoso. Tal como el politeísmo declinante, está aquejado y paralizado por una excesiva amplitud de miras. Su dios no tiene más prestigio para nosotros del que tenía Júpiter para los paganos desechados.

¿A qué se reduce todo el parloteo en torno a la «muerte de Dios» sino a un certificado de defunción del cristianismo? Por no atreverse a atacar abiertamente a la religión, la toman con el patrón, al que se reprocha ser inactual, tímido, moderado. A un dios que ha dilapidado su capital de crueldad, nadie le teme ni le respeta. Estamos marcados por todos esos siglos en los que creer en él era temerle, en que nuestro espanto le imaginaba a la vez compasivo y sin escrúpulos. ¿A quién intimidaría ahora, cuando los creyentes mismos sienten que está superado, que no se le puede compaginar con el presente y aún menos con el futuro? Y lo mismo que el paganismo debió ceder ante el cristianismo, igualmente este último deberá plegarse ante alguna nueva creencia; desprovisto de agresión

vidad, no constituye ya un obstáculo a la irrupción de otros dioses; no tienen más que surgir, y quizá surjan. Sin duda no tendrán los dioses el rostro ni siquiera la máscara; pero no por ello serán menos temibles.

Para aquel que considera equivalente libertad y vértigo, una fe, venga de donde venga, y aunque fuese antirreligiosa, es una traba salutífera, una cadena deseada, soñada, cuya función será frenar la curiosidad y la fiebre, suspender la angustia de lo indefinido. Cuando esta fe triunfe y se instale, lo que resulta inmediatamente es una reducción del número de problemas que debe uno plantearse, así como una disminución casi trágica de las opciones. Te quitan el peso de la elección; escogen en vuestro lugar. Los paganos refinados, que se dejaban tentar por la religión nueva, lo que esperaban es que justamente se eligiese por ellos, que se les indicase a dónde ir, para no tener que dudar en el umbral de tantos templos ni vacilar entre tantos dioses. Por un cansancio y un rechazo de las peregrinaciones del espíritu, es por lo que se concluye esa efervescencia religiosa sin credo que caracteriza a toda época alejandrina. Se denuncia la coexistencia de las verdades porque ya no se satisface uno de lo poco que ofrece cada una; se aspira a todo, pero a un todo limitado, circunscrito, seguro, tan grande es el miedo de caer de lo universal en lo incierto, de lo incierto en lo precario y lo amorfo. Ese derrumbamiento que el paganismo conoció en su época, el cristianismo está ahora experimentándolo. Decae, se apresura a decaer; esto es lo que le hace soportable a los incrédulos, cada vez mejor dispuestos a su respecto. Al paganismo, incluso vencido, todavía le detestaban; los cristianos eran frenéticos que no podían olvidar, en tanto que en nuestros días todo el mundo ha perdonado al cristianismo. Ya en el siglo XVIII se habían agotado los argumentos contra él. Al igual que un veneno que ha perdido sus virtudes, ya no puede salvar ni condenar a nadie. Pero ha derribado a demasiados dioses como para que pueda en estricta justicia escapar a la suerte que les ha reservado. La hora de la revancha ha sonado para

ellos. Su alegría debe de ser grande al ver a su peor enemigo tan bajo como ellos, pues que les acepta a todos sin excepción. En los tiempos de su triunfo derribó los templos y violó las conciencias por doquiera que le plugo aparecer. Un dios nuevo, aunque se le hubiese crucificado mil veces, ignora la piedad, lo tritura todo en su camino, se encarniza en ocupar el máximo espacio. De este modo nos hace pagar caro el no haberlo reconocido antes. Mientras era oscuro, podía poseer aún un cierto atractivo: no develábamos todavía en él los estigmas de la victoria.

Nunca una religión es más «noble» que cuando llega a tomarse por una superstición y asiste, desapegada, a su propio eclipse. El cristianismo se ha formado y se ha extendido en el odio de todo lo que no era él; este odio le ha sostenido durante su carrera; acabada su carrera, su odio acaba también. Cristo no bajará a los Infiernos; le han vuelto a poner en la tumba y esta vez se quedará en ella, no volverá a salir probablemente jamás: ya no hay a quien salvar ni en la superficie ni en las profundidades de la tierra. Cuando se piensa en los excesos que acompañaron su advenimiento, no puede uno impedirse evocar la exclamación de Rutilio Namaciano, el último poeta pagano: «¡Pluguiese a los dioses que Judea no hubiese sido nunca conquistada!»

Puesto que está admitido que los dioses son indistintamente verdaderos, ¿por qué detenerse a medio camino, por qué no predicarlos todos? Sería por parte de la Iglesia una realización suprema: perecería inclinándose ante sus víctimas... Hay signos que anuncian que siente esta tentación. Así, al modo de los templos antiguos, se sentiría honrada recogiendo las divinidades, los residuos de todas partes. Pero, una vez más aún, es preciso que el verdadero dios se oculte para que todos los otros puedan resurgir.



## Paleontología

Fue el azar de un chaparrón, un día de otoño, el que me hizo entrar en el Museo, por unos instantes. De hecho, debía quedarme en él una hora, dos horas, tres quizá. Varios meses me separan de esa visita accidental y, sin embargo, aún no olvido esas órbitas que os miran, más insistentes que ojos, esa feria de cráneos, esa risotada automática a todos los niveles de la zoología.

En ningún sitio está uno mejor provisto en cuanto a pasado. Lo posible parece inconcebible o grotesco. Se tiene la impresión de que la carne se ha eclipsado desde su mismo advenimiento, que ni siquiera ha existido jamás, que queda excluido que haya estado fija a estos huesos tan solemnes, tan poseídos de sí mismos. Se presenta como una impostura, como una superchería, como un disfraz que no oculta nada. ¿No era, pues, más que eso? Y si no vale más, ¿cómo logra inspirarme repulsión o terror? He sentido siempre predilección por los que han estado obsesionados por su nulidad, los que han hecho mucho caso de ella: Baudelaire, Swift, Buda... Ella, tan evidente, es empero una anomalía; cuanto más se la considera, más se aparta uno de ella con espanto y, a fuerza de sopesarla, se encamina uno hacia el mineral, se petrifica uno. Para soportar su visión o su idea, hace falta algo más que valor: cinismo. Es engañarse respecto a su naturaleza llamarla, como hizo un Padre de la Iglesia, nocturna; es hacerle también demasiado honor; no es ni extraña ni tenebrosa, sino percedera hasta la indecencia, hasta la locura; es no sólo sede de enfermedades, sino ella misma enfermedad, nada incurable, ficción degenerada en calamidad. La visión que tengo de ella es la propia de un enterrador frotado con metafísica. Sin duda hago mal en pensar en ella sin cesar; no se puede vivir y hacer hincapié en ella: hasta un coloso perecería. La siento como no está permitido sentirla; ella se aprovecha de esto, me obliga a conferirle un estatuto desproporcionado y tanto me acapara y me domina que mi espíritu no es ya más que vísceras. Al lado de la solidez, de la seriedad del es-

queleto, parece ridículamente provisional y frívola. Halaga y colma al drogado de precariedad que soy. Es por lo que me encuentro tan a gusto en este museo en que todo invita a la euforia de un universo limpio de carne, al júbilo de la post-vida.

En la entrada, el hombre en pie; todos los otros animales inclinados, abrumados, aplastados, incluso la jirafa, pese a su cuello, incluso el iguanodonte, grotesco en su deseo de erguirse. Más próximos a nosotros, ese orangután, ese gorila ese chimpancé vemos claramente que su empeño por ponerse derechos es completamente inútil. Como sus esfuerzos no han tenido éxito, ahí se quedan, miserables, detenidos a medio camino, contrariados en su búsqueda de la verticalidad. En resumen, jorobados. Seríamos como ellos, sin duda, sin la suerte que tuvimos de dar un decisivo paso adelante. Desde entonces nos desvivimos por borrar toda huella de nuestra baja extracción; de aquí viene ese aire provocativo tan particular del hombre. A su lado, de su postura y de los humos que tiene, incluso los dinosaurios parecen tímidos. Como sus verdaderos reveses no han hecho más que comenzar, tiempo le queda de hacerse más humilde. Todo deja prever que, volviendo a su fase inicial, se juntará con ese chimpancé, ese gorila, ese orangután, que se les parecerá de nuevo y que le será cada vez más molesto agitarse en su posición vertical. Quizá, plegándose bajo la fatiga, quedará más curvado todavía que sus compañeros de antaño. Llegado al umbral de la senilidad, se resimiará, pues no se ve qué otra cosa mejor podría hacer.

Mucho más que el esqueleto, es la carne, quiero decir, la carroña, lo que nos turba y nos alarma; y también lo que nos apacigua. Los monjes budistas frecuentaban gustosamente los osarios: ¿dónde estrujar el deseo con mayor seguridad y emanciparse de él? Como lo horrible es una vía de liberación, en todas las épocas de fervor y de interioridad nuestros restos han gozado de gran favor. En la Edad Media se forzaba uno a la salvación, se creía en ella con energía: el cadáver estaba de moda; la fe era vigorosa, indomable,

amaba lo lívido y lo fétido, sabía el beneficio que se podía sacar de la podredumbre y de lo espeluznante. Hoy, una religión edulcorada no se apega más que a fantasmas gentiles, a la Evolución y al Progreso. No es ella la que nos proporcionará el equivalente moderno de la Danza Macabra.

«Que quien aspire al nirvana haga que nada le sea querido», se lee en un texto búdico. Basta con considerar estos espectros, con pensar en el destino de la carne que se adhería a ellos, para comprender la urgencia del desapego. No hay ascética sin la doble rumia sobre la carne y sobre el esqueleto, sobre la espantosa caducidad de la una y la inútil permanencia de la otra. A título de ejercicio, es bueno de vez en cuando separarnos de nuestro rostro, de nuestra piel, apartar este revestimiento engañoso, deponer después, aunque no sea más que por un instante, ese montón de grasas que nos impide discernir lo fundamental en nosotros. Una vez terminado el ejercicio, estamos más libres y más solos, casi invulnerables.

Para vencer los apegos y los inconvenientes que de ellos se derivan, haría falta contemplar de un ser su desnudez última, atravesar con la mirada sus entrañas y el resto, revolcarse en el horror de sus secreciones, en su fisiología de difunto inminente. Esta visión no debería ser mórbida, sino metódica, una obsesión dirigida, particularmente saludable en los sinsabores. El esqueleto nos incita a la serenidad; el cadáver, a la renuncia. En la lección de inanidad que uno y otro nos dispensan, la dicha se confunde con la destrucción de nuestros lazos. ¡Mira que no haber escamoteado ningún detalle de tal enseñanza y empero pactar aún con tales simulacros!

Bendito tiempo aquel en el que los solitarios podían sondear sus abismos sin parecer obsesos o trastornados. Su desequilibrio no estaba afectado por un coeficiente negativo, como en nuestro caso. Sacrificaban diez, veinte años, toda una vida, por un presentimiento, por un relámpago de lo absoluto. La palabra «profundidad» no tiene sentido más que aplicada a las épocas en que el monje era considerado como el ejemplar humano más noble. De que está en

vías de desaparición, no disientirá nadie. Desde hace siglos se limita a sobrevivir. ¿A quién se dirigirá, en un universo que le tilda de «parásito»? En el Tibet, último país en el que aún contaba para algo, ha sido apartado. Sin embargo, era un raro consuelo pensar que miles y miles de eremitas podían meditar, hoy, sobre los temas del Prajnāparamita. Aunque no tuviese más que aspectos odiosos, el monacato valdrá siempre más que cualquier otro ideal. Más que nunca, hoy se deberían construir monasterios... para los que creen y para los que no creen en nada. ¿A dónde huir? No existe ya ningún sitio donde se pueda execrar este mundo profesionalmente.

Para concebir la irrealidad y penetrarse de ella, es preciso tenerla constantemente presente ante el espíritu. El día que se la siente, que se la ve, todo se hace irreal, salvo esa irrealidad, que es la única que hace la existencia tolerable.

Es un signo del despertar el tener la obsesión de lo agregado, el sentimiento más y más vivo de ser tan sólo el lugar de encuentro de algunos elementos, soldados por un momento. El «yo», concebido como un dato sustancial e irreductible, desazona más que tranquiliza: ¿cómo aceptar que cese eso que parecía sostenerse tan bien? ¿Cómo separarse de lo que subsiste por sí mismo, de lo que es? Se puede abandonar una ilusión, por inveterada que sea; pero ¿qué hacer, por el contrario, ante lo consistente, lo duradero? Si no hay más que lo existente, si el ser se exhibe por doquiera, ¿por qué medio apartarse de él sin desvío? Postulemos la engañifa universal por precaución o por medida terapéutica. Al temor de que no haya nada, sucede el de que haya algo. Es mucho más sencillo acomodarse a decir adiós al no ser que al ser. No es que este mundo no exista, sino que su realidad no es tal. Todo parece existir y nada existe. Toda búsqueda tramada, incluso la del mismo nirvana, si no se es libre de apartarse de ella, es una traba como cualquier otra. El sabor que se convierte en ídolo se degrada en no saber, como ya lo enseñaba la sabiduría védica: «Están en espesas tinieblas los que se abandonan a la ignorancia; en más espesas todavía los que

se complacen en el saber.» Pensar sin saberlo uno mismo, o mejor no pensar en absoluto, sino quedarse ahí y devorar el silencio, esto es a lo que debería llevar la clarividencia. Ninguna voluptuosidad podrá compararse a la de saber que no se piensa. Se objetará: pero saber que no se piensa, ¿acaso no es todavía pensar? Sin duda, pero la miseria del pensamiento es superada durante el tiempo que, en lugar de saltar de idea en idea, se permanece deliberadamente en el interior de una sola, que rechaza a todas las otras y que se anula a sí misma, desde el punto en que se da como contenido su propia ausencia. Esta ingerencia en el mecanismo normal del espíritu no es fecunda más que si podemos renovarla a voluntad: debe curarnos del servilismo al saber, de la superstición de cualquier sistema. La liberación que nos seduce, que nos obnubila, no es la liberación. Hagamos que nada sea nuestro, empezando por el deseo, ese generador de espantos. Cuando todo nos hace temblar, el único recurso es pensar que si el miedo es real, ya que es una sensación, la sensación por excelencia, el mundo que lo causa se reduce a un ensamblamiento transitorio de elementos irreales, que en suma el miedo tanto más vivo en cuanto que damos crédito al yo y al mundo, y que debe inevitablemente disminuir cuando descubrimos la impostura del uno y del otro. No es cierto más que nuestro triunfo sobre las cosas, no es cierta más que esa constatación de irrealdad, que nuestra clarividencia establece cada día, cada hora. Liberarse es alegrarse de esa irrealdad y buscarla en todo momento.

Visto desde el exterior, cada ser es un accidente, una mentira (salvo en el amor, pero el amor se coloca fuera del conocimiento y de la verdad). Quizá deberíamos mirarnos desde fuera, poco más o menos como miramos a los otros, e intentar no tener ya nada en común con nosotros mismos; si, respecto a mí, me comportase como un extranjero, no vería morir con una falta de curiosidad total; tal como mi vida, mi muerte no sería «mía». Una y otra, en tanto que me pertenecen y que las asumo, representan esfuerzos

por encima de mis fuerzas. Cuando, por el contrario, me persuado de que carecen de existencia intrínseca y que no deberían concernerme, ¡qué alivio! ¿Por qué, entonces, sabiendo que todo es irreal en última instancia, dispararme por tal o cual futesa? Me disparo, claro está, pero no me apasiono, es decir, que no me tomo ningún interés real. Ese desinterés al que me aplico, que no alcanzo más que cuando troco mi antiguo yo por uno nuevo, el yo de la visión desengañada, y que triunfa aquí, en medio de estos fantasmas, donde todo me anula, donde el que yo era me parece lejano, incomprensible. Las evidencias a las que antes volvía la espalda, las distingo ahora en toda su claridad. La ventaja que saco de ello es que no siento ninguna obligación respecto a mi carne, respecto a toda carne. ¡Qué cuadro mejor para reunir las dieciocho variedades de vacío que exponen los textos mahayanistas, tan preocupados por catalogar los diversos tipos de carencia! Y es que aquí se encuentra uno de inmediato en un estado agudo de irrealidad.

Es apenas creíble hasta qué punto el miedo se adhiere a la carne; está pegado a ella, es inseparable y casi indistinta. ¡Estos esqueletos no lo sienten, dichosos ellos! Es el único lazo fraternal que nos une a los animales, aunque ellos no lo conocen más que bajo su forma natural, sana si se quiere; ignoran el otro, el que surge sin motivos, que podemos reducir, según nuestros caprichos, sea a un proceso metafísico, sea a una química demente, y que cada día, a una hora imprevisible, nos ataca y nos sumerge. Para lograr vencerlo precisaríamos el concurso de todos los dioses reunidos. Se señala en lo más bajo de nuestro desfallecimiento cotidiano, en el momento mismo en que estaríamos a punto de desvanecernos si un algo no nos lo impidiese; ese algo es el secreto de nuestra verticalidad. Permanecer erguido, en pie, implica una dignidad, una disciplina que nos han inculcado penosamente y que nos salva siempre en el último instante, en ese sobresalto en el que aprehendemos lo que puede haber de anormal en la carrera de la carne, amenazada, boicoteada por el conjunto de los elementos que la definen. La carne ha traicionado

a la materia; el malestar que siente, que sufre, es su castigo. De una manera general, lo animado parece culpable respecto a lo inerte; la vida es un estado de culpabilidad, estado tanto más grave cuanto que nadie toma verdaderamente conciencia de ello. Pero una falta coextensiva con el individuo, que pesa sobre él sin que lo sepa, que es el precio que debe pagar por su promoción a la existencia separada, por la fechoría cometida contra la creación indivisa, esta falta, por ser inconsciente, no es menos real y penetra sin duda en el abrumamiento de la criatura.

Mientras deambulo entre estas osamentas, intento representarme la carga de miedo que debían arrastrar, y cuando me detengo ante los tres monos, no puedo dejar de atribuir la parada en la evolución que han sufrido a una carga análoga, que, gravitando sobre ellos; les habrá dado ese aire obsequioso y alarmado. E incluso esos reptiles, ¿acaso no fue bajo un fardo semejante como debieron aplastarse vergonzosamente y ponerse a elaborar veneno al nivel del polvo para vengarse de su ignominia? Todo lo que vive, el animal o el insecto más repelente, tiembla, no hace más que temblar; todo lo que vive, por el simple hecho de vivir, merece conmiseración. Y pienso en todos los que he conocido, todos los que ya no están, repantigados en sus ataúdes largo tiempo ha, por siempre exentos de carne –y de miedo–. Y me siento aliviado del peso de su muerte. La ansiedad es conciencia del miedo, un miedo en segundo grado, que reflexiona sobre si mismo. Está hecha de la imposibilidad de comulgar con el todo, de asimilarnos, de perdernos en él; detiene la corriente que pasa del mundo a nosotros, de nosotros al mundo, y no favorece nuestras reflexiones más que para mejor destruir su impulso, desembriaga sin cesar el espíritu; ahora bien, no hay especulación de cierto alcance que no proceda de una embriaguez, de una pérdida de control, de una facultad de perderse, luego de renovarse. Inspiración al revés, la ansiedad nos llama al orden al menor vuelo, a la menor divagación. Esta vigilancia es funesta para el pensamiento, a menudo paralizado, encerrado en un círculo maldito,

condenado a no poder salir de sí mismo más que a tirones y a escondidas. También es verdad que si nuestras aprehensiones nos hacen buscar la liberación, son ellas, empero, las que nos impiden alcanzarla. Aunque tema al porvenir hasta el punto de convertirlo en el único objeto de sus preocupaciones, el ansioso está prisionero del pasado, incluso es el único hombre que tiene realmente un pasado. Sus males, de los que es esclavo no le hacen avanzar más que para mejor tirar de él hacia atrás. Llega a echar de menos el miedo bruto, anónimo, del que todo parte, que es comienzo, origen, principio de todo lo que vive. Por atroz que sea, es, sin embargo, soportable, puesto que todos los vivientes se resignan a él; les sacude y les arrasa, pero no les aniquila. No sucede lo mismo con ese miedo refinado, «reciente», posterior a la aparición del «yo», en el que el peligro, difuso omnipresente, no se materializa nunca, miedo replegado sobre sí y que, a falta de otro alimento, se devora a sí mismo.

Si bien no he vuelto al Museo, he estado allí en espíritu casi todos los días y m sin experimentar cierto beneficio: ¿qué hay de más calmante que rumiar esta última simplificación de los seres? Repentinamente, despejada de fiebre la imaginación, se ve uno tal como será: una lección, no; un acceso de modestia. Un buen uso del esqueleto... Deberíamos servirnos de él en los momentos difíciles, tanto más que lo tenemos tan a mano.

No necesito a Holbein ni a Baldung Grien; en lo tocante a lo macabro, me remito a mis propios medios. Si lo creo necesario o si me da la gana, no hay nadie a quien no pueda desvestir de su envoltura carnal. ¿Por qué envidiar o temer a esos huesos que llevan tal nombre, a ese cráneo que no me ama? ¿Por qué también amar a alguien o amarme a mí mismo, sufrir en todos los casos, cuando sé la imagen que debo evocar para suavizar esas miserias? La conciencia viva de lo que acecha a la carne debería destruir tanto el amor como el odio. No logra en realidad más que atenuarlos, y, en raros momentos, domarlos. En otro caso sería demasiado sencillo: bastaría representarse la muerte para ser feliz... y lo macabro, colmando



nuestras aspiraciones más secretas, sería totalmente provechoso.

Dudo de que me hubiese referido tan a menudo a esos lugares si, visiblemente, no halagasen mi inaptitud para la ilusión. Aquí, donde el hombre no es nada, se advierte hasta qué punto las doctrinas de la liberación son incapaces de aprehenderlo, de interpretar su pasado y de descifrar su futuro. Es que la liberación no tiene contenido más que para cada uno de nosotros, individualmente, y no para la turba, incapaz de comprender la relación que existe entre la idea de vacío y la sensación de libertad. No hay manera de ver cómo la Humanidad podría ser salvada en bloque; hundida en lo falso, abocada a una verdad inferior, confundirá siempre la apariencia y la sustancia. Aun admitiendo, contra toda evidencia, que siga una marcha ascendente, no lograría adquirir, al término de su ascensión, el grado de clarividencia del más obtuso sanyasin hindú. En la existencia cotidiana, es imposible decir si este mundo es real o irreal; lo que podemos hacer, lo que hacemos efectivamente, es pasar sin cesar de una tesis a otra, demasiado contentos de esquivar una elección que no resolvería ninguna de nuestras dificultades en lo inmediato.

El despertar es independiente de las capacidades intelectuales: se puede tener genio y ser un necio, espiritualmente, se entiende. Por otro lado, nada se avanza con el saber como tal. «El ojo del Conocimiento» puede ser poseído por un iletrado, que se encontrará de este modo por encima de cualquier sabio. Discernir que lo que tú eres no eres tú, que lo que tienes no es tuyo, no ser cómplice de nada, ni siquiera de tu propia vida –esto es ver con precisión, esto es descender hasta la raíz nula de todo–. Cuanto más se abre uno a la vacuidad y más se impregna uno de ella, más se sustrae a la fatalidad de ser uno mismo, de ser hombre, de estar vivo. Si todo está vacío, esta triple fatalidad también lo estará. De golpe, la magia de lo trágico se ve disminuida. ¿Acaso el héroe que se hunde valdrá tampoco como el que triunfa? Nada más prestigioso que un hermoso final, si este mundo es real; si no lo es, es pura necesidad

extasiarse sobre cualquier desenlace. Dignarse a tener un «destino», verse cegado o solamente tentado por lo «extraordinario», prueba que se permanece cerrado a toda verdad superior, que se está lejos de poseer el «ojo» en cuestión. Situar a alguien es determinar su grado de despertar, los progresos que ha realizado en la percepción de lo ilusorio y de lo falso en el otro y en sí mismo. Ninguna comunión es concebible con el que se engaña sobre lo que es él mismo. A medida que se ensancha el intervalo que nos separa de nuestros actos, vemos disminuir los temas de diálogo y el número de nuestros semejantes. Esta soledad no vuelve amargo, pues no deriva de nuestros talentos, sino de nuestras renunciaciones. Aún hay que añadir que no excluye en absoluto el peligro de orgullo espiritual, que existe indudablemente durante tanto tiempo como se inclina uno sobre los sacrificios que se han consentido y las ilusiones que se han rechazado. ¿Cómo vencerse a uno mismo sin saberlo, cuando el desapego exige una insistente toma de conciencia? De este modo, lo que la hace posible la amenaza juntamente. En el orden de los valores interiores, toda superioridad que no se hace impersonal se encamina a la perdición. ¡Mira que no poder arrancarse del mundo sin advertirlo! Se debería poder olvidar que el desapego es un mérito; si no, en lugar de liberar, envenena. Atribuir a Dios nuestros éxitos de todas clases, creer que nada emana de nosotros, que todo está dado, tal es, siguiendo a Ignacio de Loyola, el único medio eficaz de luchar contra la soberbia. La recomendación vale para los estados fulgurantes en los que la intervención de la gracia parece obligatoria, pero no para el desapego, trabajo de zapa, largo y penoso, del que el yo es la víctima: ¿cómo no sacar vanidad de esto?

Por mucho que nuestro nivel espiritual se eleva, no por ello cambiamos cualitativamente; permanecemos prisioneros de nuestros límites: la imposibilidad de extirpar el orgullo espiritual es una consecuencia de ello, la más enojosa. «Ninguna criatura –observa Santo Tomás– puede alcanzar un grado más alto de naturaleza sin cesar de existir.» Sin embargo, si el hombre intriga, es precisamente

por haber querido superar su naturaleza. No lo ha logrado, y sus esfuerzos desmesurados no podían dejar de alterarle, de desnaturalizarle. Por eso no se interroga uno a su respecto sin tormento, sin pasión. Sin duda es más decente apiadarse sobre él que sobre sí mismo (es lo que ha comprendido muy bien Pascal). A la larga, esta pasión se hace tan obsesionante que ya no se piensa más que en los medios de escapar de ella. Ni la fatalidad de ser uno mismo, ni la de estar vivo podría compararse con la de ser hombre; en cuanto me espolea, para librarme de ella, rehago mentalmente mi paseo a través de esas osamentas que, últimamente, me han sido a menudo tan socorridas; las percibo, me agarro a ellas: confirmándome en mi creencia en la vacuidad, me ayudan a vislumbrar el día en que no tendré ya que soportar la obsesión de lo humano, la más terrible de todas las cadenas. Es preciso a todo precio zafarse de ella, si se quiere ser libre; pero para ser verdaderamente libre se impone un paso más: liberarse de la libertad misma, rebajarla al nivel de un prejuicio o un pretexto para no tener ya que idolatrarla... Entonces solamente se comenzará a aprender cómo actuar sin desear. La meditación de lo horrible prepara a ello: girar en torno a la carne y sus decrepitudes es iniciarse en el arte de disociar el deseo y el acto –operación nefasta para los espíritus movedizos, pero indispensable para los contemplativos–. Mientras se desea se vive en la sujeción, se está entregado al mundo; en cuanto se deja de desear se acumulan los privilegios de un objeto y de un dios; no se depende ya de nadie. Es demasiado cierto que el deseo es indesarraigable; empero ¿qué paz con sólo imaginar estar exento de él! Una paz tan insólita que un placer perverso se desliza en ella: una sensación tan sospechosa ¿acaso no revertirá en una venganza de la naturaleza contra quien se ha hecho culpable de aspirar a un estado tan poco natural?

Fuera del nirvana en la vida –hazaña rara, extremo prácticamente imposible– la supresión del deseo es una quimera; no se le suprime, se le suspende, y esta suspensión, muy extrañamente, se ve acompañada de un sentimiento de poder, de una certeza nueva,

desconocida. ¿Acaso la boga del monacato, en otros siglos, no se explicaría por esta dilatación consecutiva al reflujo de los apetitos? Hace falta fuerza para luchar contra el deseo; esta fuerza aumenta cuando el deseo se retira; detenido él, el miedo se detiene igualmente. Para que, por su lado, la ansiedad se preste a una tregua semejante, se debe ir más lejos, abordar un espacio mucho más rarificado, aproximarse con una alegría abstracta, con una exaltación igualmente concertada, al ser y a la ausencia de ser.

Se dice en el Katha-Upanishad, a propósito del atman, que es «alegre y sin alegría». Ese es un estado que se alcanza tanto por la afirmación como por la negación de un principio supremo, tanto por el rodeo del Vedanta como por el del Mahayana. Por diferentes que sean, las dos vías se juntan en la experiencia final en el deslizamiento fuera de las apariencias. Lo esencial no es tanto saber en nombre de qué quiere uno liberarse como hasta dónde puede avanzarse por el camino de la liberación. Que uno se disuelva en lo absoluto o en lo vacío, en los dos casos lo que se alcanzará es una alegría neutra: alegría sin determinación alguna, tan desnuda como la ansiedad, cuyo remedio se pretende, y de la que no es más que el desenlace, la conclusión positiva. Entre ellas, la simetría es patente: se las diría «construidas», una y otra, sobre el mismo patrón; prescinden de todo estímulo exterior, se bastan a sí mismas, se corresponden y comunican en profundidad. Pues lo mismo que la alegría concreta no es más que un miedo vencido, la alegría neutra no es más que una ansiedad transfigurada. Y es de sus afinidades, de su permeabilidad, de donde derivan la posibilidad de elevarse de una y otra, y el peligro de retroceder, de volver a caer en un estado anterior, que ya se creía superado. Esto equivale a decir hasta qué punto todo progreso espiritual está amenazado en su misma base. Para el liberado incompleto, para el veleidoso del nirvana, nada es más fácil y más frecuente que retroceder hacia sus antiguos terrores. Pero cuando, de tarde en tarde, le acaece el mantenerse firme, hace suya la exhortación del Dhammapada: «Brilla para ti mismo, como

tu propia luz,» y, mientras la adopta y la sigue, comprende desde dentro a los que se conforman a ella siempre.

## **Encuentros con el suicidio**

No se mata uno más que si, por algunos lados, se ha estado siempre fuera de todo. Se trata de una inapropiación original de la que no se puede no ser consciente. Quien está llamado a matarse, no pertenece más que por accidente a este mundo; no depende, en el fondo, de ningún mundo.

No se está predispuesto, sino predestinado al suicidio, se está abocado a él antes de toda decepción, antes de toda experiencia: la dicha impulsa a él tanto como la desdicha, incluso impulsa más, ya que, amorfa, improbable, exige un esfuerzo de adaptación extenuado, mientras que la desdicha ofrece la seguridad y el rigor de un rito. Hay noches en las que el porvenir queda abolido, en las que de todos sus instantes sólo subsiste aquel que elegiremos para dejar de ser.

«Estoy harto de ser yo», se repite cuando aspira uno a huir de sí mismo; y cuando uno se huye irrevocablemente, la ironía quiere que se cometa un acto en el que se encuentra uno de nuevo, en el que de repente se llega a ser totalmente uno mismo. En esa fatalidad a la que se quiso escapar se cae de nuevo en el instante en que se mata uno, pues el suicidio no es más que el triunfo, más que la fiesta de esa fatalidad.

Cuanto más avanzo, más veo adelgazarse mis oportunidades de arrastrarme de un día a otro. A decir verdad, siempre ha sido así: no he vivido en lo posible, sino en lo inconcebible. Mi memoria amontona horizontes hundidos.

Existe en nosotros una tentación, mejor que una voluntad, de morir. Pues si nos fuese dado querer la muerte, ¿quién no se aprovecharía a la primera contrariedad? Aún interviene otro impedimento: la idea de matarse parece increíblemente nueva a quien se ve poseído por ella; se imagina, pues, que ejecuta un acto sin precedentes; esta ilusión le ocupa y le halaga, y le hace perder un tiempo precioso.

El suicidio es una realización brusca, una liberación fulgurante: es el nirvana por la violencia.

El hecho tan sencillo de mirar un cuchillo y de comprender que sólo depende de ti hacer cierto uso de él, da una sensación de soberanía que deriva en megalomanía.

Cuando nos apresa la idea de acabar, un espacio se extiende ante nosotros, una vasta posibilidad fuera del tiempo y de la eternidad misma, una abertura vertiginosa, una esperanza de morir más allá de la muerte.

Matarse es, de hecho, rivalizar con la muerte, es demostrar que uno lo puede hacer mejor que ella, es hacerle una jugada y, éxito no desdeñable, rehabilitarse ante sus propios ojos. Se tranquiliza uno, se persuade uno de que no se es el último, de que se merece cierto respeto. Uno se dice: Hasta ahora, incapaz de tomar una iniciativa, no tenía ninguna estima por mí mismo; ahora todo cambia: destruyéndome, destruyo del mismo golpe todas las razones que tenía para despreciarme, vuelvo a ganar confianza, soy alguien por siempre jamás...

Puesto que mi misión es sufrir, no comprendo por qué intento imaginar mi suerte de otro modo, aún menos por qué me encolerizo contra sensaciones. Pues todo sufrimiento no es más que eso, en

sus comienzos y, en todo caso, en su fin. En el medio, claro está, es un poco más: un universo.

Este furor en plena noche, esa necesidad de una última explicación consigo mismo, con los elementos. De golpe, la sangre se anima, se tiembla, uno se levanta, sale, se repite que no hay ninguna razón para tergiversar, para diferir: esta vez va de veras. En cuanto se está fuera, un imperceptible apaciguamiento. Uno avanza penetrado del gesto que va a cumplir, de la misión que se ha arrogado. Un poco de exultación sustituye al furor cuando uno se dice que ha llegado por fin al término, que el futuro se reduce a unos pocos minutos, todo lo más a una hora, y que uno ha decretado, con su propia autoridad, la suspensión del conjunto de los instantes.

Después viene la impresión tranquilizadora que os inspira la ausencia de prójimo. Todos duermen. ¿Cómo abandonar un mundo en el que aún se puede estar solo? No llega uno a separarse de esta noche que debía ser la última, no se concibe que pueda desvanecerse. Y quisierase defenderla contra el día que la zapa y pronto la sumerge.

Si se pudiera cambiar de naturaleza, transformarse en cualquiera, se formaría parte, de golpe, de los elegidos. Como la metamorfosis es irrealizable, se agarra uno a la Predestinación, vocablo mágico si los hay. Nada más pronunciarlo, se tiene la sensación de haber superado el estadio de las interrogaciones y las perplejidades, y encontrado finalmente la llave de todo callejón sin salida.

Cuando se sienten ganas de acabar, sean débiles o fuertes, se siente uno llevado a reflexionar, a explicarlo, a explicárselo. Se siente uno llevado a esto mucho más cuando son débiles, porque si son demasiado intensas, invaden el espíritu y no le dejan ni espacio ni tiempo libre para considerarlas o esquivarlas.

Esperar la muerte es sufrirla, degradarla al rango de un proceso, resignarse a un desenlace del que se ignora la fecha, el modo y el decorado. Se está lejos del acto absoluto. No hay nada de común entre la obsesión del suicidio y el sentimiento de la muerte –entiendo por esto ese sentimiento profundo, constante, de un fin en sí, de una fatalidad de perecer como tal, inseparable de un trasfondo cósmico e independiente de ese drama del yo que está en el centro de toda forma de autodestrucción–. La muerte no es necesariamente sentida como liberación; el suicidio libera siempre; es el sumum, es el paroxismo de la salvación.

Se debería por decencia elegir uno mismo el momento de desaparecer. Es envilecedor extinguirse como se extingue uno; es intolerable verse expuesto a un fin sobre el que nada se puede, que te acecha, te abate, te precipita en lo innumerable. Quizá llegue el momento en que la muerte natural esté totalmente desacreditada, en el que se enriquecerán los catecismos con una fórmula nueva: «Dispénsanos, Señor, el favor y la fuerza de acabar, la gracia de borrarlos del tiempo.»

La conspiración milenaria contra el suicidio es causa del abarrotamiento y de la esclerosis de las sociedades. Nos toca aprender a destruirnos en el momento oportuno, a correr alegremente hacia nuestro espectro. En tanto que no nos decidamos a ello, mereceremos nuestras humillaciones. Cuando uno ha agotado su razón de ser, es odioso obstinarse. Pero es la indignidad de la muerte natural lo que vemos, se mire adonde se mire.

«Volviendo a encontrar, tras varios años, a una persona a la que se conoció de niño, la primera mirada hace casi siempre suponer que alguna gran desdicha ha debido aquejarle», (Leopardi). Durar es disminuirse: la existencia es pérdida de ser. Puesto que nadie desaparece cuando sería preciso, se debería amonestar a quien se sobrevive, animarle y, si fuera necesario, ayudarle a acortar sus días. A partir de un momento dado, perseverar es consentir decaer. Pero ¿cómo estar cierto de su declinar? ¿Acaso no puede uno equivocarse



respecto a los síntomas? ¿Acaso la conciencia de decaer no implica una superioridad sobre la decadencia? Y, en este caso, ¿aún se está decaído? ¿Cómo, una vez más, saber que uno ha comenzado a derrumbarse, cómo determinar ese momento? El error es inevitable, pero poco importa, puesto que, de todas maneras nunca se muere a tiempo. Se va a la deriva y sólo cuando uno se hunde se confiesa residuo desechable. Y entonces ya es demasiado tarde para naufragar de propio grado.

Sienta bien pensar que uno va a matarse. No hay tema más tranquilizador: en cuanto se le aborda, respira uno. Meditar sobre él hace casi tan libre el acto mismo.

Cuanto más al margen de los instantes estoy, más me reincorpora a la existencia la perspectiva de abstraerme para siempre de ellos, me pone a la misma altura que los vivos, me confiere una especie de honorabilidad. Esta perspectiva, de la que no puedo prescindir, me ha sacado de todos mis sentimientos, me ha permitido sobre todo atravesar esas épocas en las que no tenía ningún agravio contra nadie, en las que estaba colmado. Sin su socorro, sin la esperanza que dispensa, el paraíso me parecería el peor de los suplicios. ¡Cuántas veces no me habré dicho que, sin la idea del suicidio, se mataría uno de inmediato! El espíritu del que ella se apodera la mima, la idolatra, espera milagros de ella. Tal como un hombre a punto de ahogarse que se agarrase a la idea de naufragio.

Hay tantas razones de suprimirse como razones de continuar, con esta diferencia empero: que estas últimas tienen más antigüedad y solidez; pesan más que las otras porque se confunden con nuestros orígenes, mientras que las primeras, frutos de la experiencia, siendo por ello necesariamente más recientes, son a la vez más acuciantes y más inciertas.

El mismo que dice: «No tengo el valor de matarme», tachará,

un momento después, de cobardía una hazaña ante la cual retroceden los más valientes. Se mata uno, no dejan de repetir, por debilidad, para no tener que afrontar el dolor o la vergüenza. Tan sólo no se ve que son los débiles precisamente los que, lejos de intentar escapar, se acomodan a ello por el contrario y que se precisa vigor para arrancarse de todo de una manera decisiva. En verdad, es más fácil matarse que vencer un prejuicio tan antiguo como el hombre, o por lo menos como las religiones, tan tristemente impermeables al gesto supremo. En tanto que la Iglesia hacía estragos, sólo el alienado gozaba de un régimen de favor, sólo él tenía el derecho de atentar contra sus ideas: su cadáver no era profanado ni ahorcado. Entre el estoicismo antiguo y el «librepensamiento» moderno, entre, pongamos, Séneca y Hume, el suicidio sufre, poniendo aparte el intermedio cátaro, un largo eclipse –edad sombría, en efecto, para todos los que, queriendo morir, no se atrevían a infringir la interdicción de darse la muerte.

Los achaques que han sido observados y analizados pierden algo de su gravedad y de su fuerza; una vez escrutados, se les soporta mejor. Exceptuada la tristeza. Está exenta de la parte de juego que entra en la melancolía; intransigente, intratable, ignora la fantasía y el capricho. Con ella no hay escapatoria ni coquetería. Y es inútil hablar y comentarla, pues ni disminuye ni aumenta. Es.

El que no ha pensado nunca en matarse se decidirá a ello mucho más prontamente que quien no cesa de pensar en ello. Como todo acto crucial es más fácil de cumplir por irreflexión que por examen, el espíritu virgen de suicidio, una vez que se sienta impulsado a él, no tendrá defensa alguna contra este impulso súbito; se verá cegado y sacudido por la revelación de una salida definitiva, que no había considerado antes; en tanto que el otro podrá siempre retrasar un gesto que ha pesado y vuelto a pesar indefinidamente, que conoce a fondo y al que se resolverá sin pasión, si es que alguna

vez se resuelve a ello.

Los horrores de que el universo rebosa forman parte integrante de su sustancia; sin ellos, cesaría físicamente de existir. Sacar las últimas consecuencias de esto no es cometer un «hermoso» suicidio. Sólo merece el epíteto el que surge de nada, sin motivo aparente, «sin razón»: el suicidio puro. Es él –desafío a todas las mayúsculas– el que humilla, el que aplasta a Dios, a la Providencia y hasta al Destino.

Nadie se mata, como se piensa comúnmente, en un acceso de demencia, sino más bien en un acceso de insoportable lucidez, en un paroxismo que puede, si se empeña uno, ser asimilado a la locura, pues una clarividencia excesiva, llevada hasta su límite y de la que quisiera uno desembarazarse a cualquier precio rebasa el cuadro de la razón. El momento culminante de la decisión no testimonia, pese a todo, ningún embotamiento: los idiotas no se matan prácticamente nunca; pero puede uno matarse por miedo, por presentimiento de la idiotez. El acto mismo se confunde entonces con el último sobresalto del espíritu que se recoge, que reúne todos sus poderes y todas sus facultades antes de anularse. En el umbral de la última derrota se prueba a sí mismo que no está completamente perdido. Y se pierde, en plena posesión instantánea de todos sus medios.

Hemos desaprendido el arte de matarnos en frío. Los antiguos fueron los últimos que destacaron en ello. Nosotros no concebimos más que el suicidio apasionado, febril, el suicidio como estado inspirado; en lo tocante al desapego, pensamos en él como convulsivos. Aquellos sabios de antes de la Cruz sabían romper con este mundo o resignarse a él, sin drama ni lirismo. Se ha perdido su estilo, así como la base de su imperturbabilidad: una Providencia usurpadora vino a desalojar al Fatum de todos sitios. Y corremos a

volver a encontrarle, para buscar un sostén en él, cuando ningún otro podría ayudarnos ni seducirnos.

No hay nada más profundo ni más incomprensible que el Deseo. Por eso sólo se siente uno vivir cuando se desespera de destruirlo.

Se suprime uno o no, todo permanece sin cambios. Pero la decisión de suprimirse parece la más importante que jamás haya sido tomada. No debería ser así. Y, sin embargo, así es, y nada podrá prevalecer contra esta aberración o este misterio.

Dado que nunca he coincidido más que con el intervalo que me separa de los seres y de las cosas, más que con el vacío que se abre en el centro de cada una de mis sensaciones, ¿cómo no iba a asombrarme de verme suscribir lo que sea, respaldar mis afirmaciones, aliarme a mis fluctuaciones, o sea, a mis convicciones? Tanta ingenuidad me aflige y me tranquiliza.

Hay que estar ávido de absoluto para afrontar el suicidio. Pero también se le puede afrontar dudando de todo. Se comprende: cuanto más se busca lo absoluto, más, por despecho de no poder alcanzarlo, se hunde uno en la duda, la cual debe ser el reverso de una búsqueda, la conclusión negativa de una gran empresa, de una gran pasión. El absoluto es prosecución; la duda, retroceso. Ese retroceso, prosecución al revés, choca, cuando no sabe detenerse, con extremos inaccesibles para un proceso racional. Al principio no era más que un procedimiento; helo aquí vértigo, como todo lo que camina más allá de sí mismo. Avanzar o retroceder hacia los límites, sondear el fondo de cualquier cosa, es encontrar necesariamente la tentación de la autodestrucción. En esta pequeña isla del Mediterráneo, mucho antes de clarear el día, hacía yo, en el camino que me conducía al acantilado más abrupto, reflexiones de porte-

ra en vacaciones: tendré esta villa, la pintaré de ocre, haré poner otra cerca, etc. Pese a mi idea, me agarraba a la menor pamplina: contemplaba las pistas, remoloneaba, escamoteaba por medio de digresiones la urgencia de mi propósito. Un perro se puso a ladrar, después me hizo fiestas y me siguió. No se puede imaginar, si no se le ha sentido, el confortamiento que te da un animal cuando los dioses te han vuelto la espalda.

Ante un paisaje aniquilado por la luz, permanecer sereno supone una fibra que no tengo. El sol es mi proveedor de ideas negras, y el verano, la estación en que siempre he considerado mis relaciones con el mundo y conmigo mismo con mayor condena de uno y otro.

Cuando se ha comprendido que nada es, que las cosas no merecen ni siquiera el estatuto de apariencias, ya no se necesita ser salvado, se está salvado y desdichado para siempre.

Intento –sin éxito– no sentir vanidad por nada. Cuando, empero, lo logro, siento que ya no pertenezco al bando de los mortales. Estoy entonces por encima de todo, incluso de los mismos dioses. Quizá eso es la muerte: una sensación de grande, de extrema superioridad.

Juan Pablo llama la tarde más importante de su vida a aquella en que descubrió que no había diferencia entre morir al día siguiente o dentro de treinta años. Revelación tan capital como inútil; si de vez en cuando se llega a captar lo bien fundado de ella, repugna, por el contrario, sacar las consecuencias, pues en lo inmediato la diferencia en cuestión le parece a cada cual irreductible, incluso absoluta: existir es probar que no se ha comprendido hasta qué punto es lo mismo morir ahora o cuando sea.

En vano sé que no soy nada; aún tengo que persuadirme verdaderamente. Algo, dentro, rechaza esta verdad de la que estoy tan seguro. Este rechazo indica que me escapó en parte; y lo que en mí

se escamotea a mi jurisdicción y mi control hace que nunca esté seguro de poder disponer plenamente de mí mismo. De este modo, al rumiar el pro y el contra del único gesto que importa, se llega a tener mala conciencia de estar todavía vivo.

La obsesión del suicidio es propia de quien no puede ni vivir ni morir, y cuya atención nunca se aparta de esta doble imposibilidad.

Mientras actúo, creo que lo que hago comporta un «sentido», de otro modo no podría hacerlo. En cuanto dejo de actuar, y de agente me convierto en juez, ya no encuentro el sentido en cuestión. Al lado del yo que sigue mis ejercicios, hay otro (el yo del yo) que les es superior: para él, lo que hago, incluso lo que soy, no implica ni significación ni realidad: es como si se tratase de sucesos lejanos, por siempre superados, cuyas razones aparentes dilucidamos sin percibir su necesidad intrínseca. Podrían sencillamente no ser, hasta tal punto nos son exteriores. Esta misma perspectiva, aplicada al conjunto de una existencia, lleva en derechura a la rumia sobre la extravagancia de haber nacido.

De la misma forma, si uno se preguntase a propósito de cualquier gesto lo que resultará de él dentro de un año, de diez, de cien o de mil, sería imposible llevarlo a cabo, ni siquiera esbozarlo. Todo acto supone una visión limitada, salvo el de matarse, pues procede de una visión vasta, tan vasta, que hace vanos e irrealizables todos los demás actos. A su lado, todo es futilidad e irrisión. Sólo él propone una salida, quiero decir un abismo –un abismo liberador.

Contar con algo, sea lo que sea, aquí o en otra parte, es dar prueba de que aún se arrastran cadenas. El réprobo aspira al paraíso; esta aspiración le rebasa, le compromete. Ser libre es desembarazarse para siempre de la idea de recompensa, es no esperar nada ni de los hombres ni de los dioses, es renunciar no solamente a este mundo y a todos los mundos, sino a la misma salvación, es romper hasta la idea de ella, esa cadena entre las cadenas.

El instinto de conservación –pura cabezonería y nada más– debe ser combatido y sus estragos denunciados. Esto se logrará tanto mejor cuando se rehabilite el suicidio, cuando se subraye su excelencia y cuando se le haga alegre y accesible a todos. Acto nada negativo; es él, por el contrario, el que rescata, el que transfigura todos los actos cometidos antes de él.

Por el más inexplicable de los malentendidos, la existencia ha sido declarada sagrada; no solamente no lo es, sino que no vale más que en la medida en que se trabaja para deshacerse de ella. Es, en el mejor de los casos, un accidente –un accidente que poco a poco se convierte en fatalidad. Cuando sabe uno a qué atenerse a su respecto, se enrojece de apegarse a ella y, sin embargo, se apega uno, por un largo e insensible proceso que compromete incluso a los más advertidos a tomarla en serio. Se debería, por un proceso inverso, reducirla a su estado de origen, a su insignificancia primitiva. Sería necesario para ello un esfuerzo próximo al prodigio: el que lo hiciese dejaría de ser esclavo; dueño de sus días, detendría su sucesión cuando le pareciese oportuno; existiría a su discreción; es que habría alcanzado su punto de partida, su estatuto verdadero: el de accidente, justamente.

¡Vivir completamente sin meta! He vislumbrado este estado, lo he alcanzado a menudo, sin lograr permanecer en él: soy demasiado débil para tal dicha.

Si este mundo emanase de un dios honorable, matarse sería una audacia, una provocación sin nombre. Pero como hay todos los motivos para pensar que se trata de la obra de un infra-dios, no ve uno por qué tendría que preocuparse. ¿Con quién tener miramientos? Gran beneficiario de la desaparición de la fe, el suicidio será cada vez más fácil y, por eso mismo, menos misterioso, porque habrá gastado su prestigio de anatema. Picante y meritorio antaño,

entra ahora a formar parte de las costumbres, gana terreno y, si bien cesa de ser insólito, su futuro, por contrapartida, parece seguro. En el interior del universo religioso aparece como una insania y una traición, como la fechoría por excelencia. ¿Cómo se puede creer y aniquilarse? Insistamos en la hipótesis del infra-dios, que tiene la ventaja de permitir los gestos extremos, la victoria radical sobre un mundo tarado.

Puede uno figurarse a ese creador, consciente al fin de su desvarío, declarándose culpable: desiste, se retira y, por un último prurito de elegancia, se hace justicia. Desaparece así con su obra, sin que el hombre intervenga en ello para nada. Tal sería una versión mejorada del Juicio Final.

Los suicidas prefiguran los destinos lejanos de la humanidad. Son anunciadores y, como tales, se les debe respetar; llegará su hora; se les celebrará, se les hará un homenaje público y se dirá que sólo ellos, en el pasado, lo habían entrevisto y adivinado todo. Se dirá también que habían tomado la delantera, que se habían sacrificado para indicar el camino, que fueron mártires a su manera: ¿acaso no se mataron cuando nadie estaba obligado a ello, y cuando la muerte natural alcanzaba su pleno apogeo? Supieron antes que los otros que la imposibilidad pura y simple sería un día el patrimonio de todos, en lugar de ser una maldición, un privilegio.

Se les llamará precursores; y lo fueron, igual que quienes, sensibles a la soberanía del mal, han incriminado a la Creación: los maniqueos en el comienzo de la era cristiana y, singularmente, sus discípulos tardíos, los cátaros. Lo admirable es que esta incriminación era entre estos últimos más frecuente entre las gentes del pueblo que entre los letrados. Para convencerse de ello, no hay más que consultar el Manual del Inquisidor de Bernard Gui o cualquier informe de la época sobre las ideas y las actuaciones de los «heréticos». Allí puede verse –detalle reconfortante– a tal mujer de un curtidor o de un comerciante de maderas teniéndoselas con Lu-



cifer o denunciando a nuestros primeros ancestros culpables «del acto más satánico que hay». Estos sectarios, mejor estos visionarios, tan curiosamente desengañados en medio de su fervor, investidos del don de descubrir trampas diabólicas tras todos nuestros actos importantes, sabían, si era preciso, dejarse morir de hambre y esta hazaña, nada inhabitual entre ellos, señalaba la cumbre de su doctrina. Ponerse en endura, ayunar hasta el completo agotamiento, era una práctica, consecutiva a la iniciación, y que tenía por misión preservar al «consolado», por medio de una muerte rápida, del peligro de apostasía o de todas clases de tentaciones.

El asco por el lado útil de la sexualidad, el horror a procrear, forman parte de la impugnación de la Creación: ¿para qué multiplicar los monstruos? Si hubiera triunfado y hubiese permanecido fiel a sí mismo, el catarismo hubiese tenido como desenlace un suicidio colectivo. Tal éxito no era posible: por avanzados que estuviesen, los espíritus no estaban lo suficientemente maduros. Incluso hoy mismo están todavía lejos de estarlo y será preciso esperar largo tiempo aún antes de que la humanidad se ponga en endura. Y esto admitiendo que se ponga alguna vez.

En el concilio de 1211 contra los Bogomilos se anatematizó a aquellos de entre ellos que sostenían que «la mujer concibe en su vientre con la cooperación de Satán, que Satán permanece allí sin retirarse hasta el nacimiento del niño».

No me atrevo a suponer que el demonio pueda interesarse en nosotros hasta el punto de hacernos compañía durante meses; pero no podría dudar de que hayamos sido concebidos bajo su mirada y de que haya efectivamente asistido a nuestros queridos progenitores.

Esta sensación de estar bloqueado para toda la eternidad, de haber pasado de moda antes de nacer, de haber caído demasiado bajo como para tener de quién apiadarse, esta certidumbre de que,

matándose, no se mata a nadie; es la tentación del mal suicidio, la que surge no de la tristeza según Dios, sino según el diablo, para conservar la distinción del Apóstol. Es también el desconuelo en su grado más alto y que parece tan irremediable, que permanecería intacto, inalterado, aunque hubiera que aprestar otro universo.

¿Cuál es esta oración «breve y vehemente» que la Filocalia recomienda contra los desfallecimientos y los terrores?

¿Por qué no me mato? Si supiese exactamente lo que me lo impide, no tendría ya más preguntas que hacerme puesto que habría respondido a todas.

Para no atormentarse más hay que dejarse arrastrar a un profundo desinterés, dejar de estar intrigado por este mundo o por el otro, caer en el nada-me-importa de los muertos. ¿Cómo mirar a un vivo sin imaginarlo cadáver, cómo contemplar a un cadáver sin ponerse en su lugar? Ser supera al entendimiento, ser da miedo.

Alguien completamente bueno nunca se resolverá a quitarse la vida. Esta proeza exige un fondo –o restos de crueldad. El que se mata hubiera podido, en ciertas condiciones, matar: suicidio y asesinato son de la misma familia. Pero el suicidio es más refinado, en razón de que la crueldad hacia uno mismo es más rara, más compleja, sin contar que se le añade la embriaguez de sentirse triturado por su propia conciencia.

El hombre de instintos comprometidos por la bondad no interviene en su destino ni desea crearse otro; sufre el suyo, se resigna y continúa, lejos de la exasperación, de la arrogancia, de la malignidad que, en conjunto, invitan a la autodestrucción y la facilitan. La idea de apresurar su fin no le roza en manera alguna, tan modesto es. Se precisa, en efecto, una modestia enfermiza para aceptar morir de otra forma que por la propia mano.

¿Cómo concebir que una oración sea otra cosa que un monólogo, que un éxtasis tenga un valor más allá de sí mismo, que nuestra salvación o nuestra pérdida importen a un dios?

Y, sin embargo, es lo que habría que poder admitir, aunque no fuese más que un segundo por día.

El futuro, ese precipicio, me aterra hasta tal punto que me gustaría ver desaparecer hasta la idea de él. Pues es en el fondo ella, mucho más que el deslizamiento hacia el abismo que encubre, lo que me angustia y me impide saborear el presente. Mi razón se tambalea ante todo lo que llega, ante todo lo que debe llegar. No es lo que me espera, es la espera en sí, es la inminencia como tal, lo que me roe y me espanta. Para hallar un simulacro de paz necesito aferrarme a un tiempo sin mañana, a un tiempo decapitado.

En vano repito la fórmula de la triple renuncia: «Rechazo este mundo; rechazo el mundo de los antepasados, rechazo el mundo de los dioses», cuando mido el espacio que me separa del sayal y del desierto, me hago el efecto de un sanyasin de feria.

¿No será la nostalgia un signo de envejecimiento precoz? Si esto es cierto, yo soy senil de nacimiento.

No se ha escrutado el fondo de una cosa si no se la ha afrontado a la luz del anonadamiento.

Los únicos que cuentan son esos instantes en que el deseo de quedarse con uno mismo es tan potente, que preferiría uno saltarse los sesos a cruzar una palabra con nadie.

Lo difícil para quien ha renunciado a medias es hacer lo demás. La existencia le pesa, sin duda, pero no ha agotado su sorpresa de existir. De aquí vienen sus irresoluciones, y el arrepentirse de haber

detenido a medio camino, sin esperanza alguna de llevar a buen término un designio concebido largo tiempo atrás. Un fracasado de la renuncia.

Son nuestros sufrimientos los que dan cierto peso a nuestros pensamientos y les impiden convertirse en piruetas; también son ellos los que nos hacen proclamar que no hay realidad en ninguna parte, que ni ellos son reales. De este modo, nos sugieren una estratagema de defensa: triunfamos sobre ellos declarándolos irreales, refiriéndolos a la engañifa general. Si fuesen soportables, ¿qué necesidad habría de disminuirlos y de desenmascararlos? Como no tenemos otra salida que asimilarlos, sea a la pesadilla, sea al capricho, lo más cómodo es optar por este último.

Pensándolo bien, más vale que no haya nada. Si hubiese algo, se viviría en la aprensión de no poder hacerse con ello. Puesto que no hay nada, todos los instantes son perfectos y nulos, y es indiferente gozar de ellos o no.

En lo más profundo del asco a mí mismo, me digo que quizá me calumnio, que no veo a nadie que, presa de las mismas obsesiones, hubiera podido adoptar una apariencia de viviente durante tantos años.

La única manera de apartar a alguien del suicidio es empujarlo a él. Nunca te perdonará tu gesto, abandonará su proyecto o retrasará su ejecución, te tendrá por un enemigo, por un traidor. Si creías volar en su ayuda, salvarle, él no ve en tu solicitud más que hostilidad y desprecio. Lo más extraño es que inquiría por tu aprobación, mendigaba tu complicidad. ¿Qué esperaba exactamente? ¿No te habrás engañado sobre la naturaleza de su zozobra? ¿Qué error por su parte el dirigirse a ti! En ese estadio de su soledad, lo que hubiera debido chocarle es la imposibilidad de entenderse con otro que no fuera Dios.

Todos estamos afectados, tomamos por real lo que no lo es. El viviente, en tanto que tal, es un insensato, ciego por añadidura: incapaz de discernir el lado ilusorio de las cosas, advierte por todas partes lo sólido, lo lleno. En cuanto, por milagro, ve claro, se abre a la vacuidad y se expande en ella. Más rica que la realidad a la que reemplaza, ésta nace de todo sin el todo, es fundamento y ausencia, variante abismal del ser. Pero quiere la desdicha que la tengamos por una deficiencia; de dónde provienen nuestros temores y nuestros fracasos. ¿Qué es, pues, para nosotros? Todo lo más, un diáfano callejón sin salida, un infierno impalpable.

Empeñado en extenuar, en reducir a la nada sus apetitos, no ha logrado más que estropearlos, despojándolos de todo lo que tenían de sano, de estimulante: un animal de presa contrariado, minado, añorando sus instintos de antaño. Como sus garras se han embotado, pero no el deseo de servirse de ellas, toda su violencia se ha convertido en desolación (pues la desolación no es más que la agresividad rota, humillada, impotente para hacerse valer).

Ha comenzado por sabotear sus pasiones; después les tocó el turno a las creencias. El proceso era inexorable. Esta revelación que ha presidido sus días: adherirse a cualquier casa participa del infantilismo o del delirio; quizá fuese legítima; puede que la suscriba todavía; no por ello deja de ser atroz, intolerable. Permite durar, pero no existir; forma parte de las certezas de las que no se levanta uno jamás.

Batallador y polemista por naturaleza, ya no batalla ni polemiza; por lo menos, con los demás. Los golpes que les estaban destinados se los asesta a sí mismo y es él mismo quien los encaja. Su yo es diana. ¿Su yo? ¿Qué yo? Ya no hay a quien golpear: ya no hay víctima ni sujeto, nada más que una sucesión de actos sin agente, un desfile anónimo de sensaciones...

¿Un liberado? ¿Un fantasma? ¿Un pingajo?

«¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo, si pierde su alma?»  
¡Ganar el mundo, perder el alma! He logrado algo mejor: he perdido ambos.

Intente lo que intente, nunca será más que la manifestación de una decadencia, patente o camuflada. Durante mucho tiempo he teorizado sobre el hombre-fuera-de-todo. Ese hombre es lo que he llegado a ser, lo que ahora encarno. Mis dudas han llegado a algo, mis negaciones han tomado cuerpo. Vivo lo que antes creía vivir. Por fin me he encontrado un discípulo.

## **El no liberado**

Cuanto más consideramos la última exhortación del Buda: «La muerte es inherente a todas las cosas compuestas. Trabajad sin tregua en vuestra salvación», más nos turba la imposibilidad en que estamos de sentirnos agregado, encuentro transitorio, si no fortuito, de elementos. Nos concebimos fácilmente tales en lo abstracto; en lo inmediato, nos rehusamos físicamente, como si se tratase de una evidencia inasimilable. En tanto que no hayamos triunfado sobre esa repugnancia orgánica, continuaremos sufriendo ese azote con base de embrujamiento que es el apetito de existir.

Que se desenmascare a las cosas, que se las estigmatice con el nombre de apariencias, eso nada cuenta, pues admitimos oficiosamente que ocultan el ser. Nos aferramos a lo que sea, con tal de no tener que arrancarnos de esta fascinación de la que proceden nuestros actos y nuestra misma naturaleza, de este deslumbramiento primordial que nos impide discernir en todo la no realidad.

Soy un «ser» por metáfora; si fuese uno de hecho, seguiría siéndolo para siempre, y la muerte, desprovista de significado, no tendría ningún imperio sobre mí. «Trabajad sin descanso en vues-

tra salvación», es decir, no olvidéis que sois un ensamblamiento fugitivo, un compuesto cuyos ingredientes no esperan más que disgregarse. La salvación, efectivamente, no tiene sentido más que si somos provisionales hasta la irrisión; si hubiera en nosotros el menor principio de duración, estaríamos salvados o perdidos desde siempre: no más búsqueda, no más horizonte. Si la liberación importa, nuestra irrealidad es una verdadera chiripa.

Deberíamos destituir al ser de todos sus atributos, obrar de tal modo que ya no fuese un apoyo, el lugar de todos nuestros apegos, el eterno callejón sin salida tranquilizador, un prejuicio, el más enraizado de todos, aquel al que nos han acostumbrado más. Somos cómplices del ser, o de lo que nos parece tal, pues no hay ser, no hay más que un ersatz de ser. Y aunque lo hubiera verdadero, aún haría falta desprenderse de él y extirparlo, en vista de que todo lo que es se convierte en servidumbre y traba. Prestemos a los otros un estatuto de sombras; nos separaremos de ellos tanto más fácilmente. Si somos lo bastante insensatos para creer que existen, nos exponemos a incontables sinsabores. Tengamos la prudencia de reconocer que todo lo que nos sucede, todo acaecimiento, como todo lazo, es inesencial y que, si hay un saber, lo que debe revelarnos es la ventaja de desenvolvernos entre fantasmas.

También el pensamiento es prejuicio y traba. No libera más que al comienzo, cuando nos permite romper ciertos apegos; después, sólo es capaz de absorber nuestra energía y de paralizar nuestras veleidades de liberación. Lo de que no puede ayudarnos de ninguna manera queda bastante probado por la dicha que se siente cuando se le suspende. Igual que el deseo, con el que se emparenta, se nutre de su propia sustancia, le gusta manifestarse, multiplicarse; en último extremo, puede tender hacia la verdad, pero lo que le define es el ajetreo: pensamos por gusto del pensamiento, lo mismo que deseamos por gusto del deseo. En uno y otro caso, una fiebre en medio de ficciones, un exceso de trabajo en el interior del no

saber. El que sabe está de vuelta de todas las fábulas que engendran el deseo y el pensamiento, se sale de lo corriente, no consiente ya el engaño. Pensar participa de la inagotable ilusión que prohija y se devora, ávida de perpetuarse y de destruirse, pensar es competir con el delirio. En tanta fiebre, lo único sensato son las pausas en que respiramos, los momentos de parada en que damos cuenta de nuestro jadeo: la experiencia del vacío –que se confunde con la totalidad de esas pausas, de esos intervalos del delirio– implica la supresión momentánea del deseo, pues es el deseo el que nos sumerge en el no saber, nos hace divagar, y nos empuja a proyectar el ser por todas partes a nuestro alrededor.

El vacío nos permite demoler la idea de ser; pero él mismo no se ve arrastrado por este derrumbe; sobrevive a un ataque que sería autodestructor para cualquier otra idea. Cierto es que no es una idea, sino lo que nos ayuda a deshacernos de toda idea. Cada idea representa una traba más; hay que desembarazar al espíritu de ellas, como nos es preciso desembarazarlo de toda creencia, obstáculo para el desistimiento. No lo lograremos más que elevándonos por encima de las operaciones del pensamiento: mientras siga ejerciéndose, mientras haga estragos, nos impide desextricar las profundidades del vacío, perceptibles solamente cuando disminuye la fiebre del espíritu y del deseo.

Puesto que todas nuestras creencias son intrínsecamente superficiales y no tienen alcance más que sobre apariencias, de aquí se sigue que unas y otras están al mismo nivel, en el mismo grado de irrealidad. Estamos constituidos para vivir con ellas, estamos obligados a ello: forman los elementos de nuestra maldición ordinaria, cotidiana. Por eso, cuando sucede que las ponemos a la luz y las barremos, entramos en lo inaudito, en una dilatación al lado de la cual todo parece pálido, episódico, incluso esta maldición. Nuestras fronteras retroceden, si es que las tenemos aún. El vacío –yo sin yo– es la liquidación de la aventura del «yo», es el ser sin ninguna huella de ser, un hundimiento dichoso, un desastre incomparable.



(El peligro es convertir el vacío en sustituto del ser y apartarlo así de su función esencial, que es entorpecer el mecanismo del apego. Pero si él mismo llega a ser objeto de apego, ¿no habría valido más limitarse al ser y al cortejo de ilusiones que le sigue? Para vencer nuestros apegos, debemos aprender a no adherirnos a nada, sino a la nada de la libertad.)

El ideal sería perder sin sufrir por ello el gusto por los seres y las cosas. Cada día nos haría falta honrar a alguien, criatura u objeto, renunciando a él. Llegaríamos así, tras recorrer las apariencias y despedirlas una tras otra, al perpetuo desistimiento, al secreto mismo de la alegría. Todo lo que nos apropiamos, los conocimientos aún más que las adquisiciones materiales, no hace más que alimentar nuestra ansiedad; ¡a cambio, qué quietud, qué resplandor cuando se apacigua esta búsqueda desenfadada de bienes, incluso espirituales! Ya es grave decir «yo», más grave aún decir «mío», pues eso supone un suplemento de desplome, un refuerzo de nuestro enfeudamiento al mundo. Es un consuelo la idea de que no se posee nada, de que no se es nada; el consuelo supremo reside en la victoria sobre esa misma idea.

Tanto se adhiere al ser la ansiedad, que le es preciso arrancarse de él si quiere ser vencida. ¿Que aspira a reposarse en Dios? No lo logra más que en la medida en que El es superior al ser o, por lo menos, contiene una zona en que el ser se adelgaza, se rarifica: es ahí donde, no teniendo ya a qué agarrarse, la ansiedad se libera y se aproxima a esos confines en los que Dios, liquidando sus últimos restos de ser, se deja tentar por el vacío.

El sabio, es algo que el Oriente ha sabido siempre, se rehúsa a hacer planes, no proyecta nunca. Tú serías, pues, una especie de sabio. En verdad, algunos proyectos sí que haces, pero te repugna ejecutarlos. Cuanto más meditas uno, más, cuando lo abandonas, experimentas un bienestar que puede alzarse hasta el éxtasis.

Todo el mundo vive en y del proyecto, consecuencia del no saber: obnubilación metafísica que alcanza las dimensiones de la especie. Para el que no está obnubilado, el futuro y, con mayor razón aún, todo acto que se inserte en él, no es más que engaño, espejismo generador de asco y de espanto.

Lo que importa no es producir, sino comprender. Y comprender significa discernir el grado de despertar al que un ser ha llegado, su capacidad de percibir la suma de irrealidad que entra en cada fenómeno.

Atengámonos a lo concreto y a lo vacío, proscribamos todo lo que se sitúa entre los dos: «cultura», «civilización», «progreso», rumiemos la mejor fórmula que se ha encontrado en este mundo: el trabajo manual en un convento... No hay verdad más que en el derroche físico y en la contemplación; el resto es accidental, inútil, malsano. La salud consiste en el ejercicio y en la vacuidad, en los músculos y en la meditación; en ningún caso en el pensamiento. Meditar es absorberse en una idea y perderse en ella, en tanto que pensar es saltar de una idea a otra, complacerse en la cantidad, almacenar naderías, perseguir concepto tras concepto, meta tras meta. Meditar y pensar son dos actividades divergentes, léase incompatibles.

¿Limitarse al vacío no es igualmente una forma de búsqueda? Sin duda, pero es buscar la ausencia de búsqueda, aspirar a una meta que aparte de golpe todas las otras. Vivimos en la inquietud porque ninguna meta sabría satisfacernos, porque sobre todos nuestros deseos y, con mayor razón, sobre el ser en tanto que ser, planea una fatalidad que afecta forzosamente a esos accidentes que son los individuos. Nada de lo que se actualiza escapa a la decadencia. El vacío –salto fuera de esa fatalidad– es, como todo producto del quietismo, de esencia antitrágica. Gracias a él deberíamos aprender a encontrarnos, remontándonos hacia nuestros orígenes, hacia nuestra eterna virtualidad. ¿Acaso no pone fin a todos nues-

tros deseos? ¡Y qué son éstos, en su conjunto, al lado de un solo instante en que no se persiga ni se experimente ninguno! La dicha no está en el deseo, sino en la ausencia de deseo, más exactamente en el entusiasmo por esa ausencia, en la cual quisiera uno revolcarse, abismarse, desaparecer, exclamar...

Cuando el mismo vacío nos parece demasiado pesado o demasiado impuro, nos precipitamos hacia una desnudez más allá de toda forma concebible de espacio, mientras que el último instante del tiempo se junta con el primero y se disuelve en él.

Limpiemos la conciencia de todo lo que engloba, de todos los universos que arrastra, purguémosla al mismo tiempo que la percepción, confinémonos en el blanco, olvidemos todos los colores, salvo el que los niega. ¡Qué paz en cuanto se anula la diversidad, en cuanto se hurta al calvario del matiz y se precipita en lo unitario! La conciencia como forma pura, y después la ausencia incluso de conciencia.

Para evadirnos de lo intolerable, busquémos un derivativo, un escape, una región en la que ninguna sensación se digne tomar un nombre ni ningún apetito se encarne, recobremos el reposo inicial, hagamos abolir, con el pasado., la odiosa memoria y, sobre todo, la conciencia, nuestra enemiga de siempre, cuya misión es empobrecernos, gastarnos. La inconsciencia, por el contrario, es nutritiva, fortifica, nos hace participar en nuestros comienzos, en nuestra integridad primitiva, y no vuelve a sumergir en el caos bienhechor anterior a la herida de la individuación.

Nada importa: descubrimiento grande donde los haya del que nadie ha sabido sacar provecho. A este descubrimiento, que se reputa deprimente, sólo el vacío, del que es divisa, puede darle un tono exultante, sólo él se atarea en convertir lo negativo en positivo, lo irreparable en posible. Que no hay sí mismo es algo que sabemos, pero es un saber gravado de prejuicios. Felizmente, ahí está el

vacío, y cuando el sí mismo se desvanece, ocupa su lugar, ocupa el lugar de todo, colma nuestras esperas, nos trae la certeza de nuestra no-realidad. El vacío, es el abismo sin vértigo.

Por instinto, nos inclinamos ante el sí mismo; todo en nosotros lo reclama: satisface nuestras exigencias de continuidad, de solidez, nos confiere, contra toda evidencia, una dimensión intemporal: no hay nada más normal que aferrarnos a ella, incluso la ponemos en cuestión y divulgamos su impostura: el sí mismo es el reflejo de todo viviente... Nada importa que parezca inconcebible en cuanto lo consideramos fríamente: se desmigaja, se desvanece, no es más que el símbolo de una ficción.

Nuestro primer movimiento nos lleva hacia la embriaguez de la identidad, hacia el sueño de la indistinción, hacia el atman, el cual responde a nuestras apetencias más profundas y más secretas. En cuanto, desengañados, tomamos nuestras distancias, abandonarnos el fondo supuesto de nuestro ser, para volvernos hacia la destructibilidad fundamental, cuyo conocimiento y experiencia, cuya obsesión disciplinada nos conduce al nirvana, a la plenitud en el vacío.

Es porque nos da la ilusión de la permanencia, es porque promete lo que no puede mantener, por lo que la idea de absoluto es sospechosa, por no decir perniciosa. Tocados en nuestra raíz, nada preparados para durar, pereceros hasta en nuestra esencia, no es de consuelo de lo que tenemos necesidad, sino de curación. El absoluto no resuelve nuestras perplejidades ni suprime nuestros males: no es más que un mal menor y un paliativo. Una doctrina que le preconice es verdadera en tanto que se limite al análisis, en tanto que denuncie las apariencias; inspira dudas en cuanto les opone una realidad última. En cuanto se abandona el reino de lo ilusorio y se encarniza uno en sustituirlo por lo indestructible, se resbala hacia la mentira. Si se miente menos con el vacío es porque no se le busca por sí mismo, por la verdad que se supone que contiene, sino por sus virtudes terapéuticas; se hace con él una cura, se

imagina uno que enderezará la más antigua desviación del espíritu, que consiste en suponer que algo existe...

Animal mutilado, el hombre ha superado el estadio en que se contenta uno con una «esperanza»; lo que espera no es otro artificio, sino la liberación. ¿Quién se la traerá? En este punto, el único que importa, el cristianismo se ha revelado menos socorrido que el budismo y la especulación occidental menos eficaz que la oriental. ¿Para qué ocuparnos de abstracciones insensibles a nuestros gritos o de redentores empeñados en irritar nuestras llagas? ¿Y qué esperar aún de esta parte del mundo que ve en el contemplativo un abúlico y en el despierto un despellejado?

Tenemos necesidad de alguna sacudida salvadora. Es increíble que un Santo Tomás haya visto en el estupor un «obstáculo para la meditación filosófica», dado que es precisamente cuando se está «estupefacto» el punto en que se comienza a comprender, es decir, a percibir la inanidad de todas las «verdades». El estupor sólo nos aturde para despertarnos mejor: nos abre, nos entrega a lo esencial. Una plena experiencia metafísica no es otra cosa sino un estupor ininterrumpido, un estupor triunfal.

Es un signo de indigencia no poder abrirse al vacío purificador, al vacío apaciguador. Estamos tan bajo y tan encallados en nuestras filosofías que no hemos podido concebir más que la nada, versión sórdida del vacío. Todas nuestras incertidumbres, todas nuestras miserias y nuestros terrores, las hemos proyectado ahí, pues ¿qué es en definitiva la nada sino un complemento abstracto del infierno, un logro de réprobos, el máximo esfuerzo hacia la lucidez que pueden realizar seres ineptos para la liberación? Demasiado manchada de nuestras impurezas para que nos permita saltar hacia un concepto virgen como lo es para nosotros el de vacío (que ni es heredero del infierno ni está contaminado por él); la nada, en verdad, no representa más que un extremo estéril, una salida desencaminada, vagamente fúnebre, muy próxima de esas tentativas de renunciamiento que terminan por agriarse porque se mezclan demasiados remordimientos.

El vacío es la nada desprovista de sus calificaciones negativas, la nada transfigurada. Si llegamos a probarlo, nuestras relaciones con el mundo se encuentran modificadas, algo cambia en nosotros, aunque guardarnos nuestros antiguos defectos. Pero no somos ya de aquí de la misma manera que antes. Por eso es saludable recurrir al vacío en nuestras crisis de furor: nuestros peores impulsos se embotan al contacto con él. Sin él, ¿quién sabe?, quizá estuviésemos ahora en el penal o con la camisa de fuerza. La lección de abdicación que nos dispensa nos invita también a un comportamiento más matizado frente a nuestros denigradores, a nuestros enemigos. ¿Hay que matarlos o hay que perdonarlos? ¿Qué hace más daño, qué roe más: la venganza o la victoria sobre la venganza? ¿Cómo resolverlo? En la incertidumbre, prefiramos el suplicio de no vengarnos.

Tal es la concesión límite que puede hacerse si no se es un santo.

Sólo está maduro para la liberación aquel a quien oprime la universalidad del tormento. Buscar liberarse, sin la conciencia de ese tormento, es imposibilidad o vicio. No hay liberación gratuita; hay que liberarse de algo, en este caso de la omnipresencia de lo intolerable –que se experimenta tanto en la hipótesis del ser como del no ser, puesto que cosas y apariencias de cosas hacen sufrir lo mismo. Pero la hipótesis de la vacuidad presenta, pese a todo, una ventaja: arroja una luz más clara sobre la desmesura del tormento, sobre las proporciones que toma y la inanidad de la causa que le provoca. Siempre se tortura uno demasiado, ya sea este mundo real o irreal. La mayoría, es cierto, ignoran hasta qué punto sufren. El privilegio de la conciencia es despertarse ante lo atroz, percibir la ilusión lancinante de la que son presa los seres.

Sucede con la liberación como con la salvación cristiana: tal teólogo, en su escandalosa ingenuidad, cree en la redención, negando al mismo tiempo el pecado original; pero si el pecado no es consustancial con la humanidad, ¿qué sentido hay que atribuir a la venida del redentor, a quien vino a redimir? De ningún modo

accidental, nuestra corrupción es permanente, es de siempre. Igual la iniquidad: abusivamente tachada de «misterio», es una evidencia, es incluso lo que hay de más visible en este mundo, en el que para poner las cosas en orden haría falta un salvador para cada generación o, mejor, para cada individuo.

En cuanto se deja de desear, se convierte uno en ciudadano de todos los mundos y de ninguno; se es de aquí por el deseo; una vez superado el deseo, no se es ya de ninguna parte y ya no se tiene nada que envidiar a un santo o a un espectro.

Puede suceder que haya felicidad en el deseo, pero la beatitud no aparece más que allí donde se rompe toda atadura. La beatitud no es compatible con este mundo.

Por ella el eremita destruye todos sus lazos, por ella se destruye.

La orina de vaca era el único medicamento que los monjes estaban autorizados a emplear en las primeras comunidades búdicas. No hay restricción más sensata. Si se persigue la paz, no se la alcanzará más que rechazando todo lo que es factor de turbación, todo lo que el hombre ha injertado en la sencillez, en la salud original. Nada revela mejor nuestra decadencia que el espectáculo de una farmacia: todos los remedios deseables para cada uno de nuestros males, pero ninguno para nuestro mal esencial, para aquel del que ninguna invención humana podrá curarnos.

Si creerse único es debido a una ilusión, ésta es, convengamos en ello, tan total, tan imperiosa, que es legítimo preguntarnos si podemos todavía llamarla así. ¿Cómo desistir de lo que no volveremos a encontrar jamás, de esa nada inaudita y lamentable que lleva nuestro nombre? La ilusión en cuestión, fuente de todos los tormentos que no podemos vencerla más que a favor de un torbellino súbito que, arrastrando nuestro yo, nos deje solos, sin nadie, sin nosotros mismos...

Por desdicha, no podemos exterminar nuestros deseos; pode-

mos solamente debilitarlos, comprometerlos. Estamos acorralados en el yo, en el veneno del «yo». Sólo cuando escapamos de ahí, cuando nos figuramos escapar, tenemos algún derecho a emplear las grandes palabras que usa la verdadera, y la falsa, mística. No existe conversión radical: se convierte uno con su naturaleza. Incluso el Buda tras la Iluminación no era más que Siddharta Gautama más el conocimiento.

Todo lo que se cree haber ahogado vuelve a salir a la superficie tras un cierto tiempo: defectos vicios obsesiones. Las imperfecciones más patentes de las que se ha «corregido» uno retornan disfrazadas, pero tan molestas como antes. El trabajo que se habrá tomado uno para deshacerse de ellas no habrá sido, empero, completamente inútil. Tal deseo, alejado durante mucho tiempo, vuelve a aparecer; pero sabemos que ha vuelto; ya no nos lacera en secreto ni nos coge desprevenidos; nos domina, nos avasalla, seguimos siendo sus esclavos, es cierto, pero esclavos que consienten. Toda sensación consciente es una sensación que hemos combatido sin éxito. Nos aflige de otro modo, pues su victoria la habrá expulsado de nuestra vida profunda.

En todo encuentro hemos escogido lo más fácil: Dios o sus sucedáneos, personas en todo caso, para tener con quien charlar o polemizar. Hemos sustituido la contemplación por la tensión, creando así entre la divinidad y nosotros relaciones enfadosamente pasionales. Sólo los hombres que buscan, pero que no quieren encontrar han podido convertirse en virtuosos del drama interior. El gran descubrimiento moderno es el malestar espiritual, descoyuntamiento entre la sustancia y la vacuidad, más precisamente entre los simulacros de una y de otra. De aquí viene el culto a la singularidad en todos los dominios. Literariamente, un error raro vale más que una verdad probada, conocida, aceptada. Lo insólito, por el contrario, no tiene ningún valor en el plano espiritual, en donde sólo cuenta el grado de profundización en una experiencia.



Según el Bhagavad-Gita, está perdido para este mundo y para el otro quien se «entregue a la duda», esa misma duda que el budismo, por su lado, cita entre los cinco obstáculos para la salvación. Y es que la duda no es un profundización, sino un estancamiento, vértigo del estancamiento... Con ella, es imposible ponerse en camino y llegar a la meta; es rumia y nada más. Cuando se cree uno más alejado, vuelve a caer en ella y todo comienza de nuevo. Es preciso que explote para que pueda uno internarse en la vida de la emancipación. Sin ese estallido, que debe pulverizar hasta las razones más legítimas de dudar, se eterniza uno en el malestar, se lo cultiva, se evitan las grandes resoluciones, se roe uno y se complace en roerse.

De la pasión de borrarse, de no dejar huellas, es incapaz quien se apega a su nombre y a su obra, y, todavía más, quien sueña con un nombre o una obra, el vacilante, en suma: ése, si se obstina en la salvación, no logrará, en el mejor de los casos, más que un atascamiento en el nirvana...

No se figura uno un místico amargo. Saber según el mundo, sequedad clarividente, exceso de lucidez sin dimensión interior, la amargura es patrimonio de quien, habiendo hecho trampa en sus relaciones con lo absoluto y consigo mismo, ya no sabe a qué dedicarse ni a quién dirigirse. Es, pese a todo, más frecuente de lo que se imagina; es normal, cotidiana, el lote de cada uno. La alegría, en contrapartida, fruto de una hora excepcional, parece surgir de un desequilibrio, de un desarreglo en lo más íntimo de nuestro ser, hasta tal punto se contradice con las evidencias en que vivimos. ¿Y si viniese de otro sitio, de más lejos que nosotros mismos? Es dilatación, y toda dilatación participa de otro mundo, mientras que la amargura es compresión, incluso si el infinito se yergue como trasfondo. Pero es un infinito que aplasta en lugar de liberar.

No, no puede ser concebible que la alegría sea un desarreglo, aún menos que no venga de ninguna parte; es tan plena, tan en-

volvente, tan maravillosamente insoportable, que no se la sabría hacer frente sin alguna referencia suprema. En todo caso, es ella, y sólo ella la que permite concebir que puedan forjarse dioses por necesidad de gratitud.

Puede imaginarse sin esfuerzo la forma en que hablaría un hombre de hoy si le fuese preciso pronunciarse sobre la única religión que ha aportado una fórmula radical de salvación:

«La búsqueda de la liberación no se justifica más que si se cree en la trasmigración, en el vagabundo indefinido del yo y si se aspira a ponerle un término. Pero nosotros, que no creemos en ella, ¿a qué le pondremos término?, ¿a esta duración única e ínfima? Es manifiestamente demasiado breve para que merezca la fatiga de sustraerse a ella. Para el budista, es una pesadilla la perspectiva de otras existencias; para nosotros el cese de ésta, de esta pesadilla. En lo tocante a pesadillas, dadnos mejor otra, estaríamos tentados de clamar, a fin de que nuestras desgracias no se acaben demasiado pronto, a fin de que tengan la oportunidad de seguirnos a lo largo de varias vidas.

La liberación no corresponde a una necesidad más que para quien se siente amenazado por un suplemento de existencia, para quien teme la fatigosa tarea de morir y volver a morir. Pero nosotros, condenados a no reencarnarnos, ¿para qué molestarnos por liberarnos de una nadería?, ¿para sacudirnos un terror cuyo fin está a la vista? ¿Para qué, también, perseguir una irrealidad suprema, cuando todo en este mundo es ya irreal? No se toma uno la molestia de desembarazarse de algo tan poco justificado, tan poco fundado.

A un aumento de ilusión y de tormento es a lo que aspira cada uno de nosotros, cada uno de los que no tienen la suerte de creer en la ronda interminable de los nacimientos y de las muertes. Suspiramos por la maldición de renacer. El Buda se tomó muchísimo trabajo para lograr ¿el qué?, la muerte definitiva: es lo que nosotros estamos seguros de obtener sin meditaciones ni mortificaciones, sin esfuerzo alguno.»

... Así, más o menos, se expresaría ese caído, si consintiese en desvelar el fondo de su pensamiento. ¿Quién osaría tirarle la primera piedra? ¿Quién no se ha hablado a sí mismo de este modo? Estamos tan hundidos en nuestra propia historia, que quisiéramos que se perpetuase sin tregua. Pero se viva una o mil veces, se disponga de una hora o de todas, el problema es el mismo: un insecto y un dios no deberían diferir en su manera de mirar el hecho de existir como tal, que es tan aterrador (como sólo un milagro puede serlo), que cuando se fija uno en él se concibe la voluntad de desaparecer para siempre, para no tener que considerarlo de nuevo en otras existencias. Sobre este hecho hizo hincapié el Buda, y es dudoso que hubiera modificado sus conclusiones si hubiese dejado de creer en el mecanismo de la trasmigración.

Encontrar que todo carece de fundamento y no acabar ahí, esta aparente inconsecuencia no es tal: llevada a su extremo, la percepción del vacío coincide con la percepción del todo, con la entrada en el todo. Por fin se comienza a ver, ya no se anda a tientas, uno se cerciora, se reafirma. Si existe una esperanza de salvación fuera de la fe, hay que buscarla en esa facultad de enriquecerse al contacto con la irrealidad.

Incluso si la experiencia del vacío no fuese más que un engaño, merecería la pena ser intentada. Lo que se propone, lo que intenta, es reducir a nada la vida y la muerte, y esto con el único propósito de hacérselas soportables. Si a veces lo logra, ¿qué más podemos desear? Sin ella, no hay remedio para la invalidez del ser, ni esperanza de reintegrarse, aunque sólo fuera por breves instantes, a la dulzura de antes del nacimiento, a la luz de la pura anterioridad.

## Pensamientos estrangulados

### I

Una interrogación rumiada indefinidamente te zapa tanto como un dolor sordo.

¿En qué autor antiguo he leído que la tristeza era debida a la «disminución de la velocidad» de la sangre?

Sin duda se trata de eso: sangre estancada.

Se está acabado, se es un muerto en vida, no cuando se deja de amar, sino de odiar. El odio conserva: en él, en su química, reside el «misterio» de la vida. Por algo es el mejor tónico nunca encontrado, tolerado además por cualquier organismo, por débil que sea.

Hay que pensar en Dios y no en la religión, en el éxtasis y no en la mística.

La diferencia entre el teórico de la fe y el creyente es tan grande como la que hay entre el psiquiatra y el loco.

Lo propio de un espíritu rico es no retroceder ante la necesidad, ese espantajo de los delicados; de donde les viene su esterilidad a éstos.

Formar más proyectos de los que concibe un explorador o un estafador y estar, sin embargo, tocado en la raíz misma de la voluntad.

¿Qué es un «contemporáneo»? Alguien a quien se desearía matar, sin saber demasiado bien cómo.

El refinamiento es signo de vitalidad deficiente, en arte, en amor y en todo.

Tira y afloja de cada instante entre la nostalgia del diluvio y la embriaguez de la rutina.

Tener el vicio del escrúpulo, ser un autómatas del remordimiento.

Felicidad aterradora. Venas en las que se dilatan miles de planetas.

La cosa más difícil del mundo es ponerse en el diapasón del ser y coger el tono.

La enfermedad da sabor a la miseria, salpimenta y realza la pobreza.

El espíritu no avanza más que si tiene la paciencia de dar vueltas sobre si mismo, es decir, de profundizar.

Primer deber al levantarse: avergonzarse de uno mismo.

El miedo fue el inagotable alimento de su vida. Estaba inflado, henchido, obeso de miedo.

Lo que corresponde a quien se ha rebelado demasiado es no tener ya energía más que para la decepción.

No hay afirmación más falsa que la de Orígenes, según la cual cada alma tiene el cuerpo que se merece.

En todo profeta coexisten el gusto por el futuro y la aversión

por la dicha.

Desear la gloria es preferir morir despreciado que olvidado.

¡Pensar de golpe que se tiene un cráneo, y no perder inmediatamente la razón!

El sufrimiento te hace vivir el tiempo detalladamente, instante tras instante. ¡Es decir, si existe para ti! Resbala sobre los otros, sobre los que no sufren; de este modo, es cierto que no viven en el tiempo, e incluso que no han vivido jamás.

El sentimiento de maldición lo conoce sólo aquel que sabe que lo experimentaría en el mismo corazón del paraíso.

Todos nuestros pensamientos están en función de nuestras miserias. Si comprendemos algunas cosas, el mérito es sólo de las lagunas de nuestra salud.

Si uno no creyese en su «buena estrella», no se podría efectuar el menor acto sin esfuerzo: beber un vaso de agua parecería una empresa gigantesca e incluso insensata.

Te piden actos, pruebas, obras y todo lo que puedes producir son llantos transformados.

El ambicioso no se resigna a la oscuridad más que después de haber agotado todas las reservas de amargura de que disponía.

Sueño con una lengua en la que las palabras, como los puños, rompiesen las mandíbulas.

No tener gusto más que por el himno, la blasfemia, la epilepsia...

Concebir un pensamiento, un solo y único pensamiento, pero que hiciese pedazos el universo.

Sólo en la medida en que no nos conocemos podemos realizarlos y producir. Es fecundo quien se engaña sobre los motivos de sus actos, aquel a quien repugna pesar sus defectos y sus méritos, quien presiente y teme el callejón sin salida al que nos conduce la visión exacta de nuestras capacidades. El creador que llega a ser transparente para sí mismo, ya no crea: conocerse es ahogar sus dones y su demonio.

No existe ningún medio de demostrar que es preferible ser que no ser.

«No dejes nunca que la melancolía te invada, pues impide todo bien», se dice en el sermón de Tauler sobre el «buen uso de cada jornada».

¡Qué mal empleo he hecho de cada uno de mis días!

He reprimido todos mis entusiasmos; pero existen, constituyen mis reservas, mi fondo inexplorado, mi futuro, quizás.

El espíritu desfondado por la lucidez.

Mis dudas no han podido acabar con mis automatismos. Continúo haciendo gestos a los que me es imposible adherirme. Superar el drama de esta insinceridad sería renegar de mí y anularme.

No se cree realmente más que mientras se ignora que se debe implorar. Una religión no está viva más que antes de la elaboración de las oraciones.

Toda forma de impotencia y de fracasos comporta un carácter positivo en el orden metafísico.

Nada podrá quitarme del espíritu que este mundo es el fruto de un dios tenebroso cuya sombra prolongo, y que me corresponde agotar las consecuencias de la maldición suspendida sobre él y su obra.

El psicoanálisis llegará a estar un día completamente desacreditado, de eso no cabe duda. Pero eso no impide que haya destruido nuestros últimos restos de ingenuidad. Después de él nunca se podrá volver a ser inocente.

La misma noche en que decreté que nuestros sueños no tenían ninguna relación con nuestra vida profunda y que pertenecían a la mala literatura, me dormí para asistir al desfile de mis terrores más antiguos y más ocultos.

Lo que se llama «fuerza de alma» es el coraje de no figurarnos de otro modo nuestro destino.

Un escritor digno de ese nombre se confina en su lengua materna y no va a husmear en tal o cual idioma. Es limitado y quiere serlo por autodefensa. Nada arruina más ciertamente un talento que una apertura demasiado grande de espíritu.

El deber primordial del moralista es despoetizar su prosa; y, solo después, observar a los hombres.

«Señor, ¡qué mal nos ha hecho la naturaleza!», me decía una vieja en una ocasión. «Es la misma naturaleza la que está mal hecha», hubiera debido responderle si hubiese escuchado mis reflejos maniqueos.



La irresolución alcanzaba en él rango de misión. Cualquier cosa le hacía perder todos sus recursos. Era incapaz de tomar una decisión ante un rostro.

Bien mirado, es más agradable verse sorprendido por los acontecimientos que haberlos previsto. Cuando uno agota sus fuerzas en la visión de la desdicha, ¿cómo afrontar la desdicha misma? Cassandra se atormenta doblemente: antes y durante el desastre, mientras que al optimista se le ahorran los tormentos de la presciencia.

Según cuenta Plutarco, en el primer siglo de nuestra era ya no se iba a Delfos más que para plantear preguntas mezquinas (bodas, compras, etc.).

La decadencia de la Iglesia imita la de los oráculos.

«Lo ingenuo es un matiz de lo bajo», ha dicho Fontenelle. Hay frases que son la clave de un país, porque nos entregan el secreto de sus límites.

Napoleón, en Santa Elena, gustaba de hojear de vez en cuando una gramática... De ese modo, al menos, probaba que era francés.

Tarde de domingo. Calles atestadas de una multitud huraña, extenuada, lamentable –abortos de todas partes, restos de los continentes, vomitona del globo–. Piensa uno en la Roma de los Césares, sumergida por la hez del Imperio. Todo centro del mundo es también su vertedero.

La desaparición de los animales es un hecho de una gravedad sin precedentes. Su verdugo ha invadido el paisaje; no hay lugar más que para él. ¡El horror de contemplar un hombre donde podía verse un caballo!

El papel del insomnio en la historia, de Calígula a Hitler. ¿La imposibilidad de dormir es causa o consecuencia de la crueldad? El tirano vela –es lo que le define más propiamente.

Frase de un mendigo: «Cuando se reza al lado de una flor, crece más de prisa.»

La ansiedad no es difícil, se acomoda con todo, pues no hay nada con lo que no concuerde. Al primer pretexto que se presenta, a un suceso eminentemente vulgar, ella lo estruja, lo cultiva, extrae de él un malestar mediocre pero seguro con el que se alimenta. Se contenta verdaderamente con poco, pues todo le es bueno. Vacilante, inacabada, le falta clase: se quisiera angustia y no es más que agobio.

¿De qué proviene que, en la vida como en la literatura, la rebelión, incluso pura, tenga algo de falso, mientras que la resignación aunque brote de la abulia, da siempre la impresión de lo verdadero?

Amontonados en las márgenes del Sena, unos cuantos millones de amargados elaboran juntos una pesadilla, que les envidia el resto del mundo.

Lo que comúnmente se llama «tener aliento» es ser prolijo.

Su esterilidad era infinita: participaba del éxtasis.

Certeza de fallar a mi deber, de no cumplir aquello para lo que he nacido, de dejar pasar las horas sin sacar algún provecho, aunque fuese negativo. Este último reproche, empero, no está justificado, pues el hastío, mi llaga, es ese paradójico provecho.

¡Ser de natural combativo, agresivo, intolerante, y no poder reclamarse de ningún dogma!

Ante ese insecto, del tamaño de un punto, que corría por mi mesa, mi primera reacción fue caritativa: aplastarle, pero después decidí abandonarle a su alocamiento. ¿Para qué liberarle de él? ¡Solamente que me hubiera gustado tanto saber a dónde iba!

El ansioso construye sus terrores y después se instala en ellos: es un comodón del vértigo.

Es imposible saber por qué una idea se apodera de nosotros para no dejarnos ya. Se diría que surge del punto más débil de nuestro espíritu o, más precisamente, del punto más amenazado de nuestro cerebro.

Experto en disimular su morgue, el sabio es alguien que no se digna a esperar.

Esta súbita crispación, esta espera de que pase algo, de que la suerte del espíritu se decida...

La locura no es quizá más que un pesar que no evoluciona.

Esos momentos en que nos parece imposible desaparecer nunca, en que la vida y la muerte pierden toda realidad, en que ni una ni otra pueden aún tocarnos...

Es un error confundir abatimiento y pensamiento. Según eso, el primer venido que tuviese una depresión se convertiría automáticamente en pensador.

El colmo es que llega a serlo, efectivamente.

La experiencia de la inanidad, que se basta a sí misma, comporta además tales virtudes filosóficas que no ve uno por qué habría que buscar en otra parte. ¡Qué importa que por ella no se descubra nada, si gracias a ella se comprende todo!

Vivir es una imposibilidad de la que no he dejado de tomar conciencia, día tras día, durante, digamos, cuarenta años...

La única función de la memoria es ayudarnos a deplorar.

Me figuro distintamente el momento en que ya no habrá ni rastro de carne en ninguna parte, y continúo, empero, como si no pasase nada. ¿Cómo definir ese estado en que la conciencia no debilita el deseo, en que, por el contrario, lo estimula, a la manera, cierto es, en que el gusano despierta al fruto?

La continuidad de la reflexión se ve obstaculizada, e incluso rota, cada vez que se siente la presencia física del cerebro. Esta es quizá la razón por la que los locos no piensan más que a relámpagos.

A veces te entran ganas de gritarles a los dioses antiguos: «¡Haced un pequeño esfuerzo, intentad volver a existir!»

Por mucho que murmuro contra lo que hay, estoy, sin embargo, apegado a ello, a juzgar por estos malestares que se parecen a los primeros síntomas del ser.

El escéptico es el hombre menos misterioso que hay, sin embargo, a partir de un cierto momento, ya no pertenece a este mundo.

## II

Una obra no podría salir de la indiferencia ni siquiera de la serenidad, esa indiferencia decantada, acabada, victoriosa. En lo más fuerte de un sinsabor, es sorprendente encontrar tan pocas obras que puedan apaciguar y consolar. ¿Cómo iban a poder lograrlo, siendo ellas mismas fruto de la excitación y el desconsuelo?

Todo comienzo de idea corresponde a una imperceptible lesión del espíritu.

Sobre la chimenea, la imagen de un chimpancé y una estatuilla de Buda. Esta vecindad, más bien accidental que buscada, es causa de que me pregunte sin cesar dónde puede estar mi sitio entre esos dos extremos, entre la pre- y la trans-figuración del hombre.

No es tan mórbido el exceso como la ausencia de miedo. Pienso en esa amiga a la que nada asustaba jamás, ni siquiera podía representarse un peligro, fuese del orden que fuese. Tanta libertad, tanta seguridad, debían llevarla un día derecha a la camisa de fuerza.

En la certeza de ser incomprendido entra tanto orgullo como vergüenza. De aquí el carácter equívoco de cualquier fracaso. Por un lado se saca vanidad de ello, por otro se mortifica uno. ¡Qué impura es toda derrota!

Incurable: adjetivo honorífico del que no debería beneficiarse más que una sola enfermedad, la más terrible de todas: el Deseo.

Se llama injustamente imaginarios a los males que son por el contrario muy reales, puesto que proceden de nuestro espíritu, único regulador de nuestro equilibrio y de nuestra salud.

Como todo neófito es un aguafiestas, en cuanto alguien se entusiasma por lo que sea, aunque fuese por mis manías, me apresuro a romper, esperando a vengarme.

Inclinado al resentimiento, cedo a menudo a él y lo rumio, y no me detengo hasta que recuerdo que he envidiado a tal o cual sabio, que incluso he creído parecerme a él.

Esos momentos en que se desea estar absolutamente solo porque se está seguro de que, cara a cara con uno mismo, se será capaz de encontrar verdades raras, únicas, inauditas; después la decepción y pronto la amargura, cuando se descubre que de esa soledad finalmente alcanzada nada sale, nada podía salir.

A ciertas horas, en lugar del cerebro, sensación muy precisa de nada usurpadora, de estepa que ha sustituido a las ideas.

Sufrir es producir conocimiento.

El pensamiento es destrucción en su esencia. Más exactamente: en su principio. Se piensa, se comienza a pensar, para romper lazos, disociar afinidades, comprometer la armazón de lo «real». Sólo después, cuando el trabajo de zapa está ya muy avanzado, el pensamiento se apoltrona y se rebela contra su movimiento natural.

Mientras que la tristeza se justifica tanto por el razonamiento como por la observación, la alegría no reposa en nada, pertenece a la divagación. Es imposible ser feliz por el puro hecho de vivir; se está triste, por el contrario, desde que se abren los ojos. La percepción como tal vuelve sombrío, los animales son testigos. Sólo los ratones parecen estar alegres sin esfuerzo.

En el plano espiritual, todo dolor es una suerte; pero sólo en el plano espiritual.

No puedo emprender nada más que haciendo abstracción de lo que sé. En cuanto lo considero y pienso en ello, aunque no sea más que un segundo, pierdo coraje y me desahogo.

Las cosas no dejan de degradarse de generación en generación; predecir las catástrofes es una actividad normal un deber del espíritu. La frase de Talleyrand sobre el Antiguo Régimen<sup>1</sup> conviene a cualquier época, salvo a la que se vive y a la que se vivirá. La «dulzura» en cuestión va disminuyendo; un día habrá desaparecido por completo. En la historia, siempre se está en el umbral de lo peor. Es lo que la hace interesante; lo que hace que se la odie, que no llegue uno a desprenderse de ella.

Se puede dar por seguro que el siglo XXI, mucho más avanzado que el nuestro, mirará a Hitler y a Stalin como a tiernos infantes.

Basilides, el gnóstico, es uno de los raros espíritus que comprendió el comienzo de nuestra era, lo que ahora constituye un lugar común, a saber: que la humanidad, si quiere salvarse, debe volver a sus límites naturales por el retorno a la ignorancia, verdadero signo de redención.

Este lugar común, apresurémonos a decirlo, permanece aún en la clandestinidad: cada cual lo murmura, pero se guarda de proclamarlo. Cuando llegue a ser un slogan se habrá dado un importante paso hacia adelante.

En la vida de todos los días, los hombres actúan por cálculo; en las opciones decisivas, obran a capricho y nada se comprende de los dramas individuales ni colectivos si se pierde de vista este comportamiento inesperado. Que nadie se interese por la historia

1 La frase completa atribuida a Talleyrand fue: «Quien no ha vivido bajo el Antiguo Régimen (antes de la Revolución de 1789) no ha conocido la dulzura de vivir.»

si no percibe con qué rareza se manifiesta en ella el instinto de conservación. Todo ocurre como si el reflejo de defensa sólo funcionase ante un peligro cualquiera y cesase ante un desastre de gran talla.

Mirad la jeta de quien ha triunfado, de quien se ha esforzado, no importa en qué campo. No descubriréis en ella la menor huella de piedad. Tiene madera de enemigo.

Durante días enteros, deseos de perpetrar un atentado contra los cinco continentes, sin reflexionar ni un solo momento en los medios.

Mi energía sólo se anima fuera del tiempo y me siento un verdadero Hércules tan pronto como me trasplanto con la imaginación a un universo en el que se ven suprimidas las condiciones mismas del acto.

«El horror y el éxtasis en la vida», vividos simultáneamente, como una experiencia en el interior del mismo instante, de cada instante.

¡Qué cantidad de fatiga reposa en mi cerebro!

Tengo en común con el diablo el malhumor, estoy como él apesadumbrado por decreto divino.

Los libros que leo con mayor interés tratan de mística y dietética. ¿Habrá alguna relación entre ellas? Sin duda, en la medida en que mística implica ascética, es decir, régimen o, más precisamente, dieta.

«No comas nada que no hayas sembrado y cosechado con tu propia mano»; esta recomendación de la sabiduría védica es tan legítima y tan convincente que, por rabia de no poder conformarse



a ella, quisiera uno dejarse morir de hambre.

Tumbado, cierro los ojos. De repente, se orada un abismo, como un pozo que, en busca de agua, perforase el suelo con una velocidad próxima al vértigo. Arrastrado por este frenesí, en ese vacío que se engendra indefinidamente a sí mismo, me confundo con el principio de generación del abismo y, dicha inesperada, me encuentro de este modo una ocupación e incluso una misión.

Cuando Pirrón dialogaba con alguien, si su interlocutor se iba, continuaba hablando como si no hubiese pasado nada. Sueño con esta fuerza, de indiferencia, con esta disciplina del desprecio, con una impaciencia de trastornado.

Lo que espera un amigo son miramientos mentiras, consuelos, cosas todas ellas que implican esfuerzo, trabajo de reflexión, control de sí mismo. La permanente preocupación de delicadeza que la amistad supone es antinatural. ¡Pronto, indiferentes o enemigos, para que se pueda respirar un poco!

A fuerza de hacer hincapié sobre mis miserias pasadas o futuras, descuido las presentes: lo que me ha permitido soportarlas más fácilmente que si les hubiera consagrado mis reservas de atención.

El sueño serviría para algo si, cada vez que se duerme, se ejercitase uno en verse morir; al cabo de algunos años de entrenamiento la muerte perdería todo prestigio y ya sólo parecería un formalismo o una lata.

En la carrera de un espíritu que ha liquidado prejuicio tras prejuicio, acaba habiendo un momento en que le hubiera sido igualmente fácil convertirse en un santo o en un granuja de cualquier clase.

La crueldad, nuestro más antiguo rasgo, es rara vez calificada de adoptada, simulada o aparente, denominaciones propias, por el contrario, a la bondad, que, reciente, adquirida, carece de raíces profundas: es una invención tardía, intransmisible, que cada uno se empeña en reinventar y no lo logra más que por fogonazos, en esos momentos en que la naturaleza se eclipsa, en que uno triunfa sobre sus ancestros y sobre uno mismo.

A menudo me imagino subiendo al tejado, presa del vértigo, y después, a punto de caer, lanzando un grito. «Imaginar» no es la palabra, pues estoy obligado a imaginar eso. El pensamiento del crimen debe venir del mismo modo.

Si quiere uno no olvidar nunca a alguien, pensar en él constantemente, apegarse a él para siempre, no hay que empeñarse en amarle, sino en odiarle. Según una creencia hindú, algunos demonios son fruto de un deseo, formulado en una vida anterior, de encarnarse en un ser encarnizado contra Dios a fin de poder pensar en él mejor y tenerle sin pausa presente en el espíritu.

La muerte es el aroma de la existencia. Sólo ella presta gusto a los instantes, sólo ella combate su insipidez. Le debemos casi todo. Esta deuda de agradecimiento que de tarde en tarde consentimos en pagarle es lo más reconfortante que hay en este mundo.

Durante nuestras vigiliass el dolor cumple su misión, se realiza y florece. Es entonces ilimitado como la noche, a la que imita.

No se debería experimentar ninguna clase de inquietud mientras se dispusiese de la idea de mala suerte. En cuanto se la invoca, se apacigua uno, se soporta todo, se está casi contento de sufrir injusticias y quebrantos. Como todo se hace inteligible por ella, no hay que asombrarse de que el bruto y el despierto recurran a

ella del mismo modo. Es que no es una explicación cualquiera, es la explicación misma, que se refuerza con el fracaso inevitable de todas las otras.

En cuanto se husmea el menor recuerdo, se pone uno al borde de reventar de rabia.

¿De dónde viene esa visión monótona, cuando los males que la han suscitado y cultivado son de lo más diverso? Es que los ha asimilado y no ha conservado más que la esencia, que es común a todos.

Es parloteo toda conversación con alguien que no ha sufrido.

Medianoche. Tensión vecina del alto mal. Ganas de hacerlo saltar todo, esfuerzos por no estallar en pedazos. Caos inminente.

Puede uno no valer nada por sí mismo y ser alguien por lo que se siente. Pero también se puede no estar a la altura de las sensaciones.

En teoría, me importa tan poco vivir como morir; en la práctica, estoy desgarrado por todas las ansiedades que abren un abismo entre la vida y la muerte.

Los animales, los pájaros, los insectos, lo han resuelto todo desde siempre. ¿Por qué intentar hacerlo mejor? A la naturaleza le repugna la originalidad, rechaza y execra al hombre.

El tormento es para algunos una necesidad, un apetito y una realización. Se sienten disminuidos en todas partes, salvo en el infierno.

En la sangre, una inagotable gota de vinagre: ¿a qué hada se la deberé?

El envidioso no te perdona nada, y envidiará hasta tus descorazonamientos, hasta tus vergüenzas.

Mediocridad de mi pesar en los entierros. Imposible compadecer a los difuntos; inversamente, todo nacimiento me precipita en la consternación. Es incomprensible, es insensato que se pueda enseñar un bebé, que se exhiba ese desastre virtual y que se alegre uno de él.

Estás obsesionado por el desapego, la pureza, el nirvana, y empero alguien susurra en ti: «Si tuvieras el valor de formular tu deseo más secreto, dirías: “Quisiera haber inventado todos los vicios”.»

De nada sirve ser un monstruo si no se es también un teórico de lo «monstruoso».

Has dejado depauperarse lo que había de mejor en ti. Más cuidadoso, no habrías traicionado tu verdadera vocación, que era la de tirano o la de eremita.

Tomarla siempre con uno mismo es dar pruebas de una gran preocupación por la verdad y la justicia; es alcanzar y golpear al verdadero culpable. Desdichadamente, es también intimidarle y paralizarle y, por eso mismo, hacerlo incapaz de mejorarse.

¡Esas cóleras que te quitan la piel, la carne, y te reducen al estado de esqueleto tembloroso!

Después de algunas noches, debería uno cambiar de nombre, porque ya no se es el mismo.

-¿Quién eres?

-Soy un extranjero para la policía, para Dios, para mí mismo.

Desde hace años me extasio con las virtudes de la Impasibilidad, y no pasa ni un día sin que atraviere una crisis de violencia que, de no reprimirla, justificaría que me internasen. Estas convulsiones tienen lugar por lo frecuente sin testigos, pero, a decir verdad, casi siempre a causa de alguien. Mis delirios carecen de empaque: son demasiado plebeyos, demasiado pedestres para poder emanciparse de una causa.

Me es imposible departir de nada exterior, objetivo, impersonal, a menos que se trate de males, es decir, de lo que en otro me hace pensar en mí.

La desolación que expresan los ojos de un gorila. Un mamífero fúnebre. Desciendo de su mirada.

Ya se trate del individuo o de la humanidad en su conjunto, no se debe confundir avanzar y progresar, a menos de admitir que ir hacia la muerte sea un progreso.

La tierra se remonta, según parece, a cinco billones de años, la vida a dos o tres. Estas cifras contienen todos los consuelos deseables. Habría que recordarlas en los momentos en que se toma uno en serio, en que se osa sufrir.

Cuanto más se farfulla, más se empeña uno en escribir mejor. Así se venga uno de no haber podido ser orador. El tartamudo es un estilista nato.

Lo que es difícil de comprender son las naturalezas fecundas, generosas, contentas siempre de atarearse, de producir. Su energía parece desmesurada y, sin embargo, no llega uno a envidiársela.

Pueden ser cualquier cosa, porque en el fondo no son nada: fantoches dinámicos, nulidades de dotes inagotables.

Lo que me impide bajar a la arena es que veo en ella demasiados espíritus que admiro, pero no estimo, tan ingenuos me parecen. ¿Por qué provocarlos, por qué medirme con ellos en la misma pista? Mi cansancio me confiere tal superioridad que no me parece posible que me alcancen jamás.

Se puede pensar en la muerte todos los días y, sin embargo, perseverar alegremente en el ser; no sucede lo mismo si uno piensa sin cesar en la hora de su muerte; quien no tuviese más que ese instante ante su vista, cometería un atentado contra todos sus otros instantes.

Ha causado asombro que Francia, nación ligera, haya producido un Rancé, fundador de la orden más austera; quizá haya que asombrarse en mayor grado de que Italia, nación mucho más frívola, haya dado a Leopardi, el más grave de todos los poetas.

El drama de Alemania es no haber tenido un Montaigne. ¡Qué suerte tiene Francia en haber comenzado con un escéptico!

Asqueado por las naciones, me vuelvo hacia Mongolia, donde debe vivirse bien, donde hay más caballos que hombres, donde el yaju no ha triunfado todavía.

Toda idea fecunda se vuelve pseudo-idea, degenera en creencia. Sólo una idea estéril conserva su estatuto de idea.

Me creía más exento de vanidad que nadie: un sueño reciente debía desengañarse. Yo acababa de morir. Me trajeron un ataúd de madera blanca. «¡Habríais podido ponerle por lo menos un poco

de barniz!», grité, antes de lanzarme sobre los enterradores para pegarles. Siguió una pelea. Luego llegó el despertar y la vergüenza.

Esta fiebre que no lleva a ningún descubrimiento, que no es portadora de ninguna idea, pero que te da un sentimiento de poder casi divino, el cual se desvanece en cuanto intentas definirlo, ¿a qué corresponde y qué puede valer? Quizá no suponga nada, quizá vaya más lejos que cualquier experiencia metafísica.

La dicha es estar fuera, caminar, mirar, amalgamarse con las cosas. Sentado, cae uno presa de lo peor de sí mismo. El hombre no ha sido creado para estar clavado a una silla. Pero quizá no merecía nada mejor.

Durante el insomnio me digo, a guisa de consuelo, que estas horas de las que tomo conciencia las arranco a la nada y que, si durmiese, no me habrían pertenecido nunca, ni siquiera hubiesen existido jamás.

«Perderse en Dios» –este cliché del creyente adquiere un valor de revelación para el no creyente, que discierne en él una aventura deseada e impracticable, desesperado como está por no poder él también perderse en algo o, preferentemente, en alguien.

–¿Qué es superficial? ¿Qué es profundo?

–Ir hasta muy lejos en la frivolidad es dejar de ser frívolo; alcanzar un límite, aunque fuese en la farsa, es aproximarse a un punto extremo, de lo cual tal metafísico, en su sector, no es capaz en absoluto.

Hasta un elefante sucumbiría a estos accesos de abatimiento indistintos de una crueldad a punto de disolverse y que, al disolverse, se llevaría carne y médula. Todos los órganos entran en danza:

calamidad visceral, sensación de barahúnda gástrica, de impotencia para digerir este mundo.

El hombre, ese exterminador, odia todo lo que vive, todo lo que se mueve: pronto se hablará del último piojo.

En la guerra de Troya había tantos dioses de un lado como de otro. Era un punto de vista elegante y justo del que los modernos, demasiado apasionados o demasiado vulgares, son incapaces, pues quieren que la razón sea a todo precio partidista. Homero, en los comienzos de nuestra civilización, se permitía el lujo de la objetividad; en sus antípodas, en una época tardía como la nuestra, ya no hay lugar más que para la actitud.

Solo, incluso inactivo, no pierde uno nunca el tiempo. En compañía se lo malgasta casi siempre. Ninguna charla con uno mismo puede ser completamente estéril: algo sale de ella necesariamente, aunque no fuese más que la esperanza de encontrarse de nuevo un día.

Mientras se envidia el éxito de otro, aunque fuese un dios, se es un vil esclavo como todo el mundo.

Cada ser es un himno destruido.

Si creemos a Tolstoi, no habrá que desear más que la muerte, pues este deseo, como se realiza infaliblemente, no es un engaño como todos los otros.

Sin embargo, ¿acaso no es la esencia del deseo tender hacia cualquier cosa, salvo la muerte? Desear es no querer morir. Así, pues, si uno se pone a desear la muerte es que el deseo se ha vuelto contra su función propia; es un deseo desviado, erguido contra los otros deseos, destinados todos a decepcionar, mientras que él man-



tiene siempre sus promesas. Apostarle a él es jugar sobre seguro, es ganar de todas maneras: no engaña, no puede engañar. Pero lo que esperamos de un deseo es, precisamente, que nos engañe. Que se realice o no, eso es secundario; lo importante es que nos disimule la verdad. Si nos la revela, falta a su deber, se compromete y reniega de sí, y debe, por lo tanto, ser tachado de la lista de los deseos.

Ya me atraiga el budismo o el catarismo o cualquier sistema o dogma, conservo un fondo de escepticismo que nada podrá embotar nunca y al que vuelvo siempre tras cada uno de mis entusiasmos. Sea este escepticismo congénito o adquirido, no deja por ello de parecerme una certeza, incluso una liberación, cuando cualquier otra forma de salvación se obstruye o me rechaza.

Los otros no tienen la sensación de ser charlatanes y lo son; yo... lo soy tanto como ellos, pero lo sé y sufro.

¿No es pueril preocuparme porque no ceso de sabotear mis facultades? Y, sin embargo, en lugar de halagarme, la evidencia de mi incumplimiento me descorazona, me rompe. ¡Haberse intoxicado de clarividencia para acabar así! Arrastro restos de dignidad que me deshonran.

Sólo el escritor sin público puede permitirse el lujo de ser sincero. No se dirige a nadie: todo lo más a sí mismo.

Una vida plena no es, en el mejor de los casos, más que un equilibrio de inconvenientes.

Cuando se sabe que todo problema no es más que un falso problema, se está peligrosamente cerca de la salvación.

El escepticismo es un ejercicio de desfascinación. Todo se re-

duce, en suma, al deseo o a la ausencia de deseo. El resto es matiz.

Tanto he echado pestes contra la vida que, deseando por fin hacerle justicia, no doy con ninguna palabra que no suene falsa.

### III

A veces uno piensa que más vale realizarse que dejarse ir, a veces se piensa lo contrario. Y se tiene enteramente razón en los dos casos.

Nuestras virtudes, lejos de reforzarse unas a otras, se encelan unas con otras y se excluyen. Cuando la guerra que se hace se nos presenta claramente, comenzamos a denunciarlas una a una, demasiado contentos de no tener que hacer el gasto por ninguna de ellas.

No se pide la libertad, sino apariencias de libertad. Por tales simulacros el hombre se esfuerza desde siempre. Por lo demás, dado que la libertad no es, como se ha dicho, más que una sensación, ¿qué diferencia hay entre ser y creerse libre?

Todo acto, en tanto que acto no es posible más que porque hemos roto con el Paraíso, cuyo recuerdo, que envenena nuestras horas, hace de cada uno de nosotros un ángel desmoralizado.

Nuestras oraciones reprimidas estallan en sarcasmos.

No se tiene la sensación de ser alguien más que cuando se medita alguna fechoría.

Si se hace de la duda una meta, puede ser tan consoladora como la fe. También ella es capaz de fervor, también ella, a su manera,

triunfa sobre todas las perplejidades; también ella tiene respuesta para todo. ¿De dónde le viene, entonces, su mala reputación? De lo que tiene de más raro que la fe, de más inabordable y más misteriosa. No se llega a imaginar lo que pasa en casa del dubitativo...

En el mercado, un chaval, de cinco años todo lo más, se debate, se contorsiona, aúlla. Unas buenas mujeres acuden e intentan calmarlo. El continúa más y más, exagera, rebasa todo límite. Cuanto más se le mira, más se le quisiera retorcer el cuello. Su madre, comprendiendo al fin que hay que llevárselo, suplica al furibundo: «¡Ven, tesoro mío!» Uno piensa –¡y con qué satisfacción!– en Calvino, para quien los niños son «pequeñas basuras», o en Freud, que les llama «perversos polimorfos». Uno y otro hubiesen dicho, gustosos: «¡Dejad que los monstruitos se acerquen a mí!»

En la decisión de renunciar a la salvación no entra ningún elemento diabólico, pues si así fuese; ¿de dónde vendría la serenidad que acompaña a esta decisión? Nada diabólico deja sereno. En los pagos del demonio se está por el contrario moroso. Tal es mi caso... De este modo, mi serenidad es de corta duración: justo el tiempo de decidirme a acabar con la salvación. Afortunadamente, me decido a menudo y, en cada ocasión, ¡qué paz!

Levantarse temprano, lleno de energía y ánimo, maravillosamente apto para cometer alguna insigne villanía.

«Soy insuperablemente libre.» Esta frase elevó ese día al mendigo que la pronunciaba por encima de los filósofos, de los conquistadores y de los santos, ya que ninguno de ellos, en la cumbre de su carrera, osó invocar logro semejante.

El caído es un hombre como todos nosotros, con la diferencia de que no se ha dignado a jugar el juego. Le criticamos y le huimos,

le guardamos rencor por haber revelado y expuesto nuestro secreto, le consideramos a justo título como un miserable y un traidor.

Precipitado fuera del sueño por la pregunta: «¿A dónde va este instante?», mi respuesta fue: «A la muerte», y me dormí de nuevo en seguida.

No se debería conceder crédito más que a las explicaciones por la fisiología y por la teología. Lo que se sitúa entre las dos, nada importa. El placer que se experimenta al prever una catástrofe disminuye a medida que ésta se acerca y cesa del todo en cuanto sucede.

La sabiduría disimula nuestras heridas: nos enseña a sangrar a escondidas.

El momento crítico para un profeta es aquel en que acaba por penetrarse de lo que salmodia, en que se ve conquistado por sus vaticinios. Esclavo y autómatas a partir de entonces, se ateará en añorar el tiempo en que, libre, anunciaba calamidades sin creer demasiado en ellas o se fabricaba sobresaltos.

No es cómodo jugar sinceramente a Isaías o a Jeremías. Por eso la mayor parte de los profetas prefieren ser impostores.

Todo lo que nos sucede, todo lo que cuenta para nosotros, no tiene ningún interés para otro: a partir de esta evidencia tendríamos que elaborar nuestras reglas de conducta. Un espíritu reflexivo debería borrar de su vocabulario íntimo la palabra acontecimiento.

Quien no ha muerto joven, merece morir.

Nada da mejor conciencia que dormirse con la visión clara de uno de sus defectos, que uno no se atrevía a confesarse hasta entonces, que incluso se ignoraba.

Todo se embota y se estropea en las personas, salvo la mirada y la voz: sin una y otra, no se podría reconocer a nadie al cabo de algunos años.

En este mismo momento, por todas partes, millares y millares están a punto de expirar, mientras que yo, aferrado a mi estilográfica, busco en vano una palabra para comentar su agonía.

Hacer hincapié en un acto, aunque fuese incalificable, inventarse escrúpulos y atascarse en ellos; demuestra que todavía uno hace caso de sus semejantes, que gusta de torturarse a causa de ellos.

...No me tendré por liberado más que el día en que, a ejemplo de los asesinos y de los sabios, haya limpiado mi conciencia de todas las impurezas del remordimiento.

Estoy harto de ser yo y, sin embargo, rezo sin cesar a los dioses que me devuelvan a mí mismo.

Añorar o deplorar es deliberar en el pasado, es sustituir lo irreparable por lo eventual, es hacer trampas por desgarramiento.

El delirio es, sin disputa, más hermoso que la duda, pero la duda es más sólida.

El escepticismo es la fe de los espíritus ondulantes.

Ver en la calumnia de las palabras nada más que palabras es la única manera de soportarla sin sufrir. Desarticulemos cualquier opinión que tengan contra nosotros, aislemos cada vocablo, tratémosle con el desdén que merece un adjetivo, un sustantivo o un adverbio.

...Y si no, liquidemos inmediatamente al calumniador.

Nuestras pretensiones del desapego nos ayudan siempre no a parar los golpes, sino a «digerirlos». En toda humillación hay un primer y un segundo tiempo. En el segundo es cuando se revela útil nuestra coquetería con la sabiduría.

El lugar que uno ocupa en el «universo»: ¡un punto, y ni siquiera! ¿Por qué zarandearse cuando visiblemente se es tan poco? Hecha esta constatación se calma uno en seguida: en el futuro, no más preocupaciones, no más alocamientos metafísicos o de otra clase. Y, después, este punto se dilata, se hincha, sustituye al espacio. Y todo vuelve a empezar.

Conocer es discernir el alcance de la ilusión, palabra clave tan esencial para los Vedas como para la Canción, las únicas formas de traducir la experiencia de la irrealidad.

En el British Museum, ante la momia de una cantante, cuyas uñitas se ven asomar de las vendas, recuerdo haber jurado no decir nunca más: yo...

No hay más que un signo que testimonie que se ha comprendido todo: llorar sin motivo.

En la necesidad de rezar juega un importante papel el miedo de un desmoronamiento inminente del cerebro.

Como dicha y desdicha son males casi al mismo título, el único medio de evitarlos es hacerse exterior a todo.

Cuando paso días y días entre textos en los que no se habla más que de serenidad, de contemplación y de despojamiento, me dan ganas de salir a la calle y de romperle la cara al primer transeúnte.

La prueba de que este mundo no es un éxito es que puede uno compararse sin indecencia con El que se supone que lo ha creado, pero no con Napoleón ni siquiera con un mendigo, sobre todo si este último es inigualable en su género.

«No ha logrado hacer nada mejor», esta frase de un pagano sobre la Providencia no ha habido Padre de la Iglesia lo suficientemente honrado como para aplicarla a Dios.

La palabra y el silencio. Se siente uno más seguro al lado de un loco que habla que de un loco que no puede abrir la boca.

Si una herejía cristiana, no importa cuál, hubiese triunfado, no se habría perdido en matices. Más temeraria que la Iglesia, hubiese sido también más intolerante, puesto que más convencida. No hay duda posible: victoriosos, los Cátaros hubieran sobrepujado a los Inquisidores.

Tengamos por toda víctima, por noble que sea, una piedad sin ilusiones.

Lo que perdura de un filósofo es su temperamento, lo que hace que se olvide, que se entregue a sus contradicciones, a sus caprichos, a reacciones incompatibles con las líneas fundamentales de su sistema. Si aspira a la verdad, que se emancipe de toda preocupación de coherencia. No debe expresar más que lo que piensa y no lo que le ha decidido a pensar. Cuanto más vivo esté, más se dejará ir a su grado y no sobrevivirá más que si no tiene ninguna cuenta de lo que debería creer.

Cuando se trata de meditar sobre la vacuidad, la impermanencia, el nirvana, tumbarse o acurrucarse es la mejor postura. Es la

misma en la que tales temas fueron concebidos.

Sólo en Occidente se piensa en pie. Quizá viene de aquí el carácter fastidiosamente positivo de su filosofía.

No podemos soportar una afrenta más que imaginando las escenas de la revancha, del triunfo que tendremos un día sobre el miserable que nos ha pisoteado. Sin esta perspectiva, caeríamos presa de trastornos que renovarían radicalmente la locura.

Toda agonía es, en sí, curiosa; sin embargo, la más interesante sigue siendo la del cínico, la del que la desprecia en teoría.

¿Cuál es el nombre de este hueso que toco? ¿Qué puede haber de común entre él y yo? Habría que volver a comenzar la operación con otra parte del cuerpo y continuar así hasta que ya nada sea nuestro.

¡Tener juntamente el gusto de la provocación y el del ocultamiento, ser por instinto un aguafiestas y por convicción un cadáver!

Después de tantos y tantos vivientes, todos muertos, ¿qué cansancio morir a mi vez y experimentar, como ellos, ese temor inepto! ¿Cómo explicar que persista todavía, que no se haya agotado o desacreditado, que se le pueda sentir todavía igual que el primer mortal?

El ermitaño no adquiere responsabilidades más que hacia sí mismo o hacia todo el mundo; en ningún caso hacia alguien. Se refugia uno en la soledad para no tener nadie a cargo: uno mismo y el universo bastan.

Si estuviese seguro de mi indiferencia a la salvación, sería con gran diferencia el hombre más dichoso que hubiere.



Para encontrarse de nuevo, no hay nada como ser «olvidado». Nadie viene a interponerse entre nosotros y lo que cuenta. Cuanto más se apartan los otros de nosotros, más trabajan en nuestra perfección: nos salvan al abandonarnos.

Mis dudas sobre la providencia no duran nunca mucho: ¿quién, fuera de ella, estaría en disposición de distribuirnos tan puntualmente nuestra ración de derrota cotidiana?

¿No hay que tomarse nada a pecho –se repite quien se enoja consigo mismo cada vez que sufre y no pierde ninguna ocasión de sufrir.

El combate a que se entregan en cada individuo el fanático y el impostor es causa de que nunca sepamos a quién dirigirnos.

«–¿En qué trabaja usted? ¿Qué está preparando?» ¿Acaso se hubiesen atrevido a abordar así a un Pirrón o a un Lao-tsé? Las preguntas que no se hubieran podido plantear a nuestros ídolos, no concebimos que nos las planteen a nosotros.

Por naturaleza soy tan refractario a la menor empresa, que para resolverme a ejecutar una me es necesario recorrer antes alguna biografía de Alejandro o de Gengis Khan.

Lo que debe hacer soportable la vejez es el placer de ver desaparecer uno a uno a todos los que han creído en nosotros y a los que ya no podremos decepcionar más.

Me gusta glosar la caída, me complazco en vivir como parásito del pecado original.

¡Si pudiera uno hacerse inhumillable!

Contrariamente a lo que suele alegarse, los sufrimientos nos apegan, nos clavan a la vida: son nuestros sufrimientos, nos halaga poder soportarlos, testimonian de nuestra condición de seres y no de espectros. Y tan virulento es el orgullo de sufrir que no es superado más que por el de haber sufrido.

Empeñado en salvar el pasado, ¿a nostalgia representa nuestro único recurso contra las maniobras del olvido: ¿qué es, en sustancia, más que la memoria que pasa al ataque? Resucitando muchísimos episodios y deformándolos a placer, nos ofrece todas las versiones queridas de nuestra vida, de tal suerte que es exacto afirmar que gracias a ella nos parece juntamente lamentable y colmada.

Toda fórmula teórica que surge durante el sueño interrumpe su curso. Los sueños son acontecimientos. En cuanto uno de ellos se convierte en problema o acaba en un hallazgo, nos despertamos sobresaltados. «Pensar» durmiendo es una anomalía, frecuente entre los oprimidos, entre aquellos que precisamente duermen mal, porque sus miserias culminan en definiciones, noche tras noche.

Se martiriza uno, se crea, a golpe de tormento, una «conciencia»; y después, advierte uno con horror que no puede deshacerse de ella.

El malestar consecutivo a una bajeza es el estado más propicio para la reflexión sobre uno mismo, se confunde con esa misma reflexión. ¿Qué tiene de raro que tengamos, cada vez que se apodera de nosotros, la impresión de conocernos al fin?

Sólo es subversivo el espíritu que pone en tela de juicio la obligación de existir; todos los otros empezando por el anarquista, pactan con el orden establecido.

Mis preferencias: la edad de las cavernas y el siglo de las luces.  
Pero no olvido que las grutas han desembocado en la Historia y los salones en la guillotina.

Por todas partes, carne a cambio de dinero. Pero ¿qué valor puede tener una carne subvencionada? Antes se engendraba por convicción o por accidente; hoy, para cobrar subsidios. Este exceso de cálculo no puede dejar de dañar la calidad del espermatozoide.

Buscar un sentido a lo que sea es menos obra de un ingenuo que de un masoquista.

Tomar conciencia de nuestra completa, de nuestra radical destructibilidad, en eso mismo reside la salvación. Pero es ir contra nuestras tendencias más profundas sabernos a cada instante destructibles. ¿Será la salvación una hazaña contra natura?

Frívolo y disperso, aficionado en todos los campos, no habré conocido a fondo más que el inconveniente de haber nacido.

Se debería filosofar como si la «filosofía» no existiese, a la manera de un troglodita deslumbrado o espeluznado por el desfile de plagas que se desarrolla ante sus ojos.

Gozar de su dolor –el sentimiento y hasta la expresión figuran en Homero, se entiende que a título excepcional. A título general, habrá que esperar a tiempos más recientes. Hay un largo camino de la epopeya al diario íntimo.

No se interesaría uno por las personas si no se tu viese la esperanza de encontrar un día a alguien más agotado que uno mismo.

Las ratas, confinadas en un espacio reducido y alimentadas únicamente de esos productos químicos de los que nosotros nos atracamos, se hacen, según parece, mucho más perversas y agresivas que de ordinario.

Condenados, a medida que se multiplican, a amontonarse unos sobre otros, los hombres se detestarán mucho más que antes, incluso inventarán formas insólitas de odio, se despedazarán entre sí como nunca lo hicieron y estallará una guerra civil universal, no motivada por reivindicaciones, sino por la imposibilidad en que se encontrará la humanidad de seguir asistiendo al espectáculo que se ofrece a sí misma. Ya desde ahora, si, durante un instante, vislumbrase todo el futuro, no iría más allá de ese instante.

No hay verdadera soledad más que ahí donde se piensa en la urgencia de una oración –de una oración posterior a Dios y a la misma fe.

Habría que decirse y repetirse que todo lo que nos alegra o nos aflige no corresponde a nada, que todo es perfectamente irrisorio y vano.

...Pues bien, me lo digo y me lo repito cada día y no por ello dejo de alegrarme o afligirme.

Estamos todos en el fondo de un infierno, cada instante del cual es un milagro.



El aciago demiurgo	5
Los nuevos dioses	16
Paleontología	32
Encuentros con el suicidio	44
El no liberado	61
Pensamientos estrangulados	75
I	75
II	84
III	97



Impreso sobre papel ecológico  
Biotop 80 gr., tipos Garamond  
y encuadernado a mano.  
TALLER DE LIBROS DE ARENA.  
Retamar - Almería.  
Marzo de 2011.





